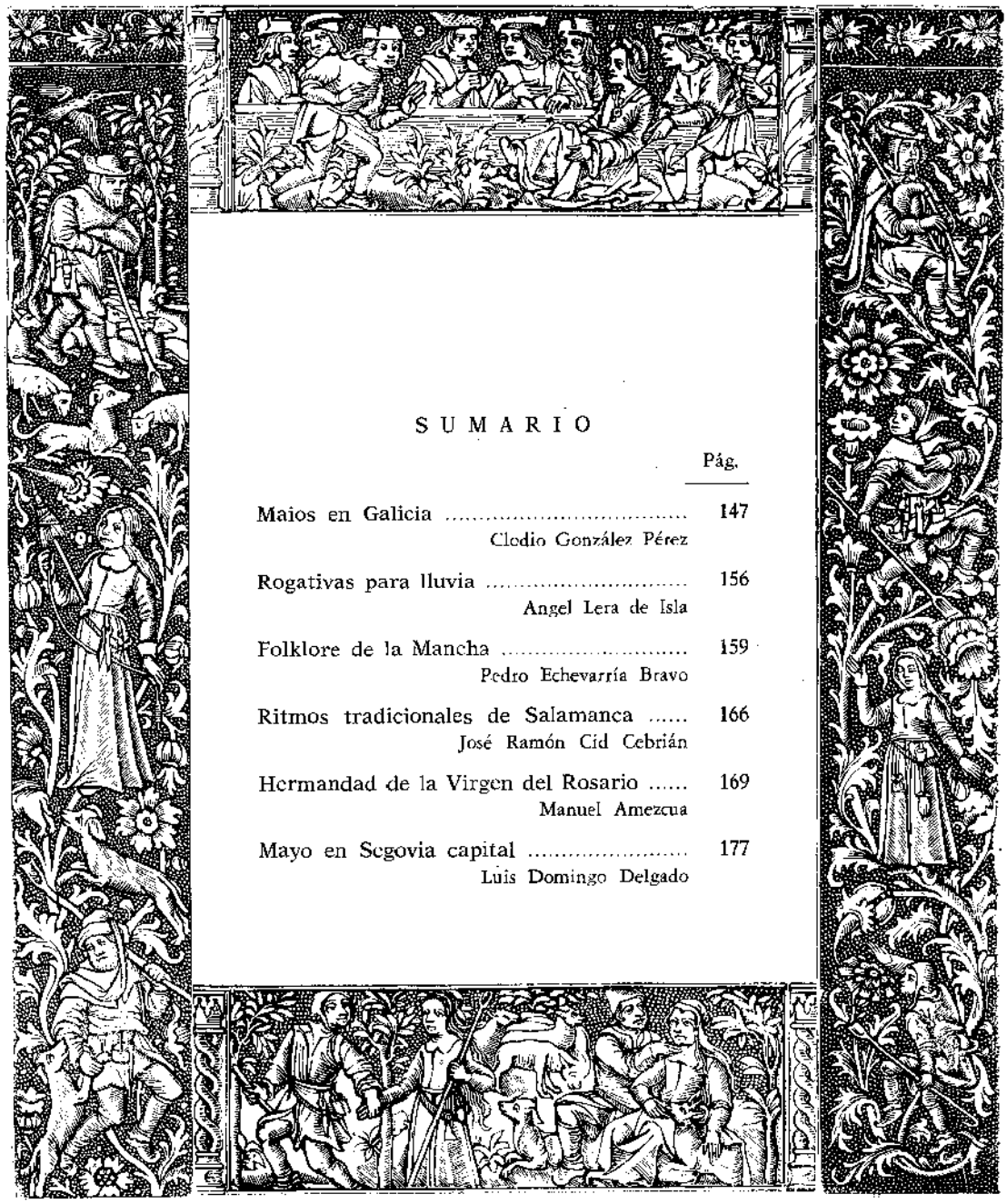
Revista de FOLKLORE

N.º 29

Editorial

Durante siglos, los lugares en que el hombre moraba colectivamente, constituían un hábitat funcional: Eran al mismo tiempo defensa y albergue; protección y sede para el ser humano y su familia. Aún más; con frecuencia constituían —al utilizarse para su construcción materiales fabricados cerca del lugar de emplazamiento y edificación— una prolongación del entorno. Sin pretenderlo, el campesino construía, con adobes, piedra o ladrillo, una vivienda que enriquecía el paisaje al poseer un carácter y un estilo propios y al estar enclavada en un ámbito adecuado.

En los últimos años, uno se ha visto sorprendido (y por lo general desagradablemente) por nuevas edificaciones en el medio rural que rompen la estética de conjunto, no respetan las normas elementales clásicas (ni siquiera las funcionales a veces) y utilizan materiales ajenos al lugar, que desentonan en una visión de conjunto. ¿Era absolutamente necesaria esta agresión? ¿Se habría incrementado irremediablemente el presupuesto por el simple hecho de emplear materiales de construcción tradicionales de la zona? Creemos que no. Pensamos también que las Diputaciones podrían haber velado por la conservación de ese acervo arquitectónico (aún están a tiempo en muchos casos) con una medida muy sencilla: Crear proyectos de casas de cada zona, estudiando las características comunes, y ofrecerlos gratis a quien tuviese que construir o mejorar su vivienda; bastaría con haber conservado o respetado, por lo menos, el aspecto externo. ¿No habría sido mejor arrostrar ese gasto —incluso el de una pequeña subvención a cada vecino que adoptara ese sistema para su casa—, que tener que lamentar tardíamente el deterioro brutal al que se ha sometido a nuestros pueblos y villas?



SUMARIO

	Pág.
Maios en Galicia ..... Clodio González Pérez	147
Rogativas para lluvia ..... Angel Lera de Isla	156
Folklore de la Mancha ..... Pedro Echevarría Bravo	159
Ritmos tradicionales de Salamanca ..... José Ramón Cid Cebrián	166
Hermandad de la Virgen del Rosario ..... Manuel Amezcua	169
Mayo en Segovia capital ..... Luis Domingo Delgado	177

EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR.
Fuente Dorada, 21 - Valladolid, 1983

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz.
ASESORA: Centro Castellano de Estudios Folklóricos.
DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.
IMPRIME: Tipografía Cristo Rey.—Avda. de Gijón, 17 - Valladolid - 1983.

LA FIESTA DE LOS "MAIOS" EN GALICIA

Clodio González Pérez *

Todos los pueblos han sentido a lo largo de su historia gran admiración por el renacer cíclico del mundo vegetal, así como por el final del invierno y el comienzo del verano, del buen tiempo, de cuando fructifican la mayoría de las plantas. En este aspecto, como en otros muchos, Galicia no ha sido un caso aislado: hasta bien entrado este siglo, en muchas de sus comarcas se celebran —de diferente forma, pero coincidiendo en lo fundamental—, una serie de manifestaciones folklóricas, agrarias o/y lúdicas, con el único fin de festejar tan importante efemérides anual.

Y de una de ellas, quizás la más hermosa, pues cuenta como principales protagonistas a los niños y a las flores, es de la que hablaremos seguidamente, aunque antes hagamos un pequeño resumen de todas ellas, tanto de las que aún se hacen, como de aquellas que ya no son más que un vago recuerdo.

I. Origen

Todas estas manifestaciones pertenecen al denominado «Ciclo de Mayo», tiempo comprendido entre mediados de abril y mediados de mayo, aunque algunos autores son partidarios de alargarlo hasta el 24 de junio, festividad de San Juan (solsticio de verano), quedando de esta forma en el mismo ciclo una serie de fiestas y ritos encaminados a conseguir abundante cosecha, a celebrar el final del invierno o a festejar la aparición de los primeros frutos.

En lo que se refiere a su antigüedad, hay opiniones para todos los gustos, aunque en su mayoría coincidan en que su punto de partida hay que situarlo en la Prehistoria: en el Paleolítico —los menos—, o en el Neolítico —los más—. Tampoco faltan aquellos que son partidarios de una procedencia clásica, del mundo greco-romano: en particular de los cultos dedicados a Deméter, Ceres (19 de abril), Pales (21), Robigo (25), Flora (del 28 al 3 de mayo), Maia (1.º de mayo), etc. Ni los que le busquen un posible origen celta, como el prehistoriador Florentino López Guevillas y el etnógrafo Vicente Risco.

Aunque, en realidad, estos ritos y ceremonias no son más que restos de antiguos cultos agrarios o de fecundidad, de procedencia muy diversa y de épocas que pudieran abarcar desde el Paleolítico hasta la Edad Media. Tampoco, por supuesto, se trata de manifestaciones exclusivas de Galicia, ni mucho menos, pues se localizan en otras muchas comunidades, variando tan sólo el día o algunos elementos, pero conservando siempre lo esencial que es, como ya queda dicho, el propiciar una abundante cosecha y el festejar el comienzo del buen tiempo.

II. Anatematizaciones y prohibiciones

Un hecho importante que nos demuestra la gran antigüedad de algunas de estas manifestaciones, es que ya fueron anatematizadas en los primeros siglos del Cristianismo en la península Ibérica. La primera que conocemos procede del concilio de Iliberis o Elvira (Granada), reunido entre los años 300 y 306. En él se condenó a todos aquellos fieles que a finales de abril pidiesen a los sacerdotes oraciones, bendiciones u otras ceremonias, con el fin de alejar de los sembrados a las tormentas de granizo y a los rayos y, en general, a todo peligro que pudiera acecharles.

Ya en la *Gallaecia* contamos con las prohibiciones del concilio de Braga del año 570, o de la obra de San Martín Dumiense o Bracarense (s. VI), en particular su *De correctione rusticorum*. Un Concilio de Lugo celebrado en el siglo VIII prohibió todo tipo de ritos fitolátricos, por considerarlos contrarios al Cristianismo.

Pero, a su vez, la Iglesia trató de adaptar y/o asimilar algunas de estas manifestaciones, impregnándolas de espíritu cristiano, de forma que las gentes llegasen a olvidar su primitivo significado. Dos claros ejemplos pueden ser el haber dedicado mayo —mes de las flores— a la Virgen María, y el día 3 a la festividad de la Invención de la Santa Cruz.

En España, por tan solo mencionar algunas, tenemos que en el siglo XVIII el cabildo compostelano prohibió entrar en la catedral a *las mayas* y a los *diablillos, por la indecencia de sus danzas y trubanadas* (1). En 1769, el conde de Aranda intentó acabar con esta costumbre: *exterminar el rústico abuso de las que con nombre de mayas se ponen en las calles causando irrisión y fastidio a las gentes*. Y pocos años después los reyes Carlos III y Carlos IV. El primero ordenaba en 1785 que *ninguna persona sea del estado que fuese, se presente y vista de Maia, ni ande con platillos pidiendo, ni los padres ni otras personas permitan a sus hijos que usen de tales trajes, y que tam-*

(*) De la sec. de Etnografía y Folklore del Instituto "P. Sarmiento" de Estudios Gallegos, del C.S.I.C.

poco formen altares en las calles, portales ni otros sitios profanos, pues con semejante pretexto se molesta a las gentes con petitorias o demandas...

Aunque estas prohibiciones y condenas no fueron óbice para que nuestros clásicos castellanos del Siglo de Oro no hiciesen en su mayoría alusiones a esta costumbre, en particular Lope de Vega; o para que no participasen haciendo de *mayas* personas vinculadas al palacio real: en un asiento de 1622 firmado por la costurera de la reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, consta que *Por un manteo de tisú de oro y guarda infante de Florencia recamado, componerlo para la dama Arnedo y Santa Lanuce que hicieron de Mayas reales en el palacio el Mayo de este año, ciento dos* (2).

La mayoría de las prohibiciones que acabamos de mencionar, corresponden a las *mayas*, es decir, niñas adornadas con flores que se colocaban junto a altarcillos o pedían por la calle, en particular, dinero y golosinas, en nombre de la Santa Cruz. En Galicia, como veremos más abajo, también existió esta ancestral costumbre.

III. Manifestaciones populares

Según sus fines, se pueden dividir en:

— *Agrarias,* en su mayoría hechas por personas mayores, aunque también podían intervenir niños. Con ellas se intentaba conseguir buena cosecha, alejar los peligros de los animales y de los campos, etc.

— *Festivas* o *lúdicas:* propias de niños y jóvenes. Su fin era festejar la llegada del buen tiempo, así como la floración y fructificación del mundo vegetal.

Entre las primeras, destacan:

- *Alumear o pan* (alumbrar el pan)

Tan sólo se realizaba en las tierras costeras del Noroeste de Galicia (rías de Arousa, Noia y Muros, etcétera). Aunque había varios ritos, lo que se pretendía era conseguir por medio del poder profiláctico del fuego abundantes cosechas, alejando para ello de los sembrados todo tipo de enemigos, tanto meteorológicos, como debidos a personas o a animales. Se celebraba la última noche de abril —de gran tradición brujeril, pues se trata de la «noche de Walpurgis»—. En síntesis, podía ser de dos formas:

— Encender una gran hoguera *(cacharela* o *larada)* en un otero con buena visibilidad sobre los sembrados. Dando vueltas a su alrededor cantaban una y otra vez una serie de cancioncillas alusivas a los frutos y al deseo de que, alejados de ellos los peligros, la cosecha futura —tanto para las personas como para los animales— fuese abundante.

— Recorrer los campos sembrados bendiciéndolos con *fachucos* (pequeños haces de paja de centeno o trigo) ardiendo, repitiendo las mismas canciones que en el caso anterior.

Pontevedra, 1886

La gran diferencia que existía entre las dos, estribaba en que mientras que la primera era comunitaria, la segunda (de la que todavía se pueden detectar algunos restos) se podía hacer individualmente (3).

- *Bendecir los campos*

Como la anterior, también estaba destinada a conseguir buena cosecha. Es de suponer que se tratase de un rito cristiano o cristianizado desde muy antiguo. Aunque había varios días en que se podía coger agua bendita o de una fuente de reconocidas propiedades, el preferido era el 29 de abril, festividad de San Pedro Mártir. Con ella se asperjaban los sembrados, al mismo tiempo que se decían oraciones o esconjuros.

- *Poner ramos o enramadas*

Sin duda, era la más sencilla de todas y, curiosamente, la única que aún está muy viva entre nuestras gentes. Es muy corriente ver ramas de *xesta marela* o *branca* (ginesta de flor amarilla o blanca), en los aperos de labranza, cuernos del ganado vacuno, establos, casas, etc., y últimamente en los automóviles, el día primero de mayo.

Esta manifestación ha recobrado en los últimos años gran esplendor, debido, sin duda, a que se trata de un motivo ornamental muy alegre, aunque en su origen no fuese más que para alejar los peligros del objeto donde estuviese colgada. Pudiera tratarse de restos de antiguos cultos dendrolátricos, ya denunciados en el siglo VI por San Martín Dumiense o Bracarense en su obra *De Correctione rusticorum,* y en el concilio de Braga del 570.

Entre las segundas, destacan:

- *Ramos de flores*

Como en otras regiones, por ejemplo en Centro Europa, en algunas poblaciones gallegas había la costumbre de que los niños en vez del clásico *maio,* llevasen en las manos manojos de flores que, en algunos casos, entregaban en pago del dinero o golosinas que se les había dado. Entre otras, hacían esto en Riós (Ourense), Queiroga (Lugo) y Cambados (Pontevedra).

- *Arcos de flores*

Solían ser de ramas o árboles jóvenes, y siempre estaban adornados con flores o cintas de colores. Lo normal era que se hiciesen con el fin de que por debajo pasase alguna procesión (en este aspecto sobresalen los del Corpus Christi) o, simplemente, como ocupación propia de los niños durante estos días. Sin duda, aunque se conocen varios casos, destaca el de Tiobre (Betanzos, A Coruña): con varas de *salgueiro* (sauce) y *bimbio* (mimbre), los niños hacían un arco no muy grande que adornaban con flores y, sobre todo, cintas de colores. Por debajo de él tenía que pasar una niña o niño muy joven (de unos cuatro años). Mientras el grupo entonaba cancioncillas alegóricas al invierno, el niño pasaba con los ojos cerrados, pero en el momento en que empezaban con otras relacionadas con la llegada de la primavera y del buen tiempo, regresaba y volvía a pasar, pero ahora con los ojos abiertos. En este curioso rito se ha intentado ver una representación de la resurrección del mundo vegetal en la primavera, tras el sueño invernal (4).

- *Cruces de flores*

En algunas poblaciones también recibían la denominación de *maios,* participando como tales en los concursos y fiestas. Fueron famosas las de Ourense, A Coruña, Pontevedra, Vilagarcía de Arousa, Noia, Ferrol, Tui, Betanzos...

Llegó a existir una cierta especialización, siendo éstas propias de niñas —las *mayas* o reinas de mayo—, mientras que los *maios* lo eran de varones. Además también se diferenciaban —en lo que a Galicia se refiere— en las coplas, pues en su mayoría estaban en castellano y su contenido era siempre religioso:

Principiamos a cantar
el día de Santa Cruz,
principiamos a cantar
Dulce Nombre de Jesús.
(Pontevedra)

- *El árbol de mayo*

Si consultamos los magníficos estudios de Angel González Palencia y Eugenio Mele *(La maya, notas para su estudio),* o el de Julio Caro Baroja *(La estación de amor. Fiestas populares de mayo a San Juan),* entre otros, podremos comprobar la importancia que tuvo el árbol de mayo estos días, así como sus posibles simbolismos.

En Galicia, en cambio, no se conocen muchos casos, quizás debido a que se metamorfoseó de tal forma que acabó convirtiéndose en esas figuras cónicas o piramidales que salen en varias poblaciones, y de

Maios de Pontevedra (Dib. de Portela)

las que se hablará más adelante. Tan sólo sabemos de cuatro casos en los que el árbol es el principal protagonista: en el pueblo orensano de Laza —muy conocido por su gran riqueza etnográfica— los jóvenes «roban» (hay que tener en cuenta que es un robo simbólico, pues los «ladrones» son conocidos de todos los vecinos) un buen árbol que colocan en la plaza de A Picota. El segundo caso tiene lugar en la también población orensana de Entrimo: aquí, además del árbol, interviene un muñeco denominado *maio* que cuelgan del primero. El tercero es el de O Cruceiro de Róo (Serra de Outes, A Coruña) y, como los anteriores, los protagonistas son los mozos de la localidad: el árbol robado es colocado en una pequeña plaza, junto al que también ponen un buen ramo de flores, danzando posteriormente a su alrededor, a la vez que portan arcos también adornados con flores y cintas. Por último, hasta no hace muchos años, en algunos pueblos cercanos a Santiago de Compostela, se robaba un buen pino que era despojado de sus hojas sustituyéndoselas por zarzas secas y adornos. Seguidamente lo colocaban en un otero que tuviese buena visibilidad y le prendían fuego, a la vez que todos los vecinos cantaban cancioncillas propiciatorias y danzaban a su alrededor (5).

- *Los maios*

Sin lugar a dudas, actualmente es la manifestación más importante y, también, la más extendida. De ella se hablará ampliamente más adelante, pues su estudio es el tema central de este artículo.

Fuera de esta división quedan las representaciones religiosas, quizás muy abundantes en otros tiempos, aunque actualmente tan sólo se conserven en el pueblo orensano de Laza. Las incluimos aquí debido a que alguna de ellas está relacionada con el renacer primaveral del mundo vegetal y, por lo mismo, con las fiestas que se celebran estos días. Son cuatro: Adán y Eva, Sacrificio de Isaac, Danzas y Lucha entre un moro y un cristiano. En este caso, tan sólo nos interesa la primera, pues para varios etnógrafos, entre los que se cuenta Xexús Taboada Chivite, Adán y Eva son el rey y la reina de mayo, y simbolizan el espíritu de la vegetación que en estos días vuelve a renacer (6).

IV. Los «maios»

Se trata de la manifestación más vistosa de todas las que se celebran durante el «Ciclo de Mayo».

Hasta no hace muchos años había dos tipos muy diferentes de *maios:*

— Humanos: cuando es una niña o un niño el que se disfraza de *maio,* cubriendo sus ropas con hojas, ramas y flores.

— Figurativos: cuando el *maio* no es más que una figura hecha con palos y recubierta con musgo, *fiuncho* (hinojo), *xesta* (ginesta), etc., y adornado con flores, naranjas, cáscaras de huevo, etc. Los tradicionales son siempre cónicos o, ya menos, piramidales. Su forma recuerda la de un árbol que, casi seguro, fue su origen.

Esta diferencia también se manifiesta en el contenido de las coplas, pues mientras que entre las de los primeros abundan más las poéticas, es decir, las dedicadas a cantar las excelencias del buen tiempo —que simbolizan con la llegada del mes de mayo—; las de los segundos suelen ser agresivas, muy críticas y, pocas veces, hacen alusiones a las flores y al verano.

1. *Maios humanos*

También se suelen denominar del «Norte de Galicia», debido a que fue —pues, que nosotros sepamos, han desaparecido todos— donde se hacía este tipo de *maio.* Por desgracia para las generaciones actuales y futuras, dejaron de salir en su mayoría entre el último cuarto de siglo pasado y el primero del actual.

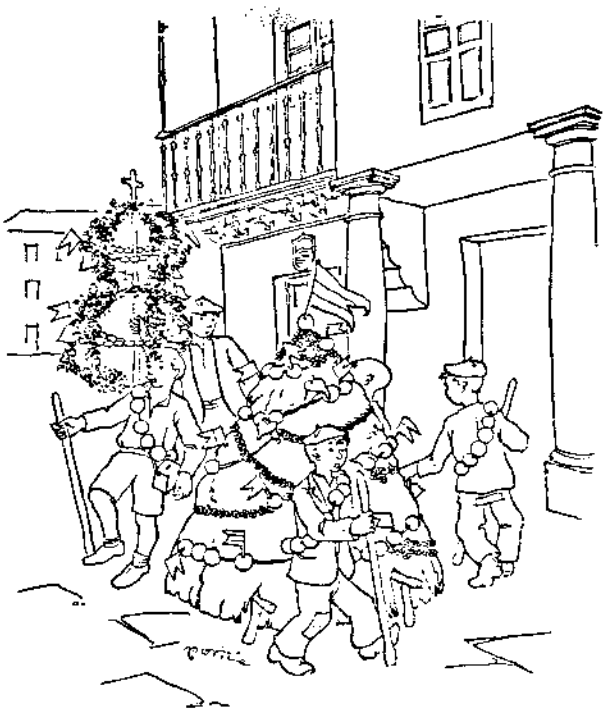
Aunque no hay un área bien delimitada, son característicos de gran parte de las provincias de A Coruña y Lugo, y aun algo de la de Ourense. En cambio, no tenemos registrado ningún caso en la de Pontevedra.

Antes de entrar de lleno en el estudio de los más importantes, hay que advertir que estos *maios* recuerdan, entre otros, a los que se hacían por estas mismas fechas en varias poblaciones inglesas e irlandesas *(Jack in the Green),* y austríacas *(Woldmann)* (7).

Es de suponer que en un principio tuviesen otros fines, además de los de ser anunciadores del final del invierno y de la llegada del verano, y del renacer cíclico de la vegetación. También pudiera ser que interviniesen en ellos personas mayores. Pero en el momento de su desaparición —y desde siglos antes, por supuesto—, no eran más que juegos de niños, movidos por el dinero y golosinas *(maiolas* o *maias* —castañas pilongas—, nueves, avellanas, etc.), que recibían del público por sus actuaciones.

He aquí algunos de los más importantes:

SANTIAGO DE COMPOSTELA: Ya se sabe que existían en la Edad Media. Tan sólo se vestía de *maio* un niño de cada grupo, cubriendo sus ropas con flores y hojas (lirios, *fiuncho,* etc.). Quizás la nota más característica fuese el que imitasen con sus adornos las ropas de los peregrinos que acudían a la ciudad. Sobre su cabeza llevaban una corona floral, y en la mano derecha un también florido bordón. El solista o jefe de la pandilla —es decir, el *maio*—, permanecía de pie haciendo constantes reverencias con la cabeza, mientras los otros andaban a su alrededor



Un *maio* de Pontevedra (Dib. de Portela)

siguiendo el compás de las coplas con golpes de palos, como aún lo hacen los de Pontevedra. Tenían una fórmula común para empezar, que era repetida por todos los *maios* de la ciudad:

Maio: *¡Cantarán o maio!*
Coro: *¡E máis ben cantado!* (8).

Continuando con las coplas que, a diferencia de los de Pontevedra y Ourense, no eran tan satíricas y sí mucho más poéticas, aunque tampoco faltaban algunas de crítica social:

Eu pidinlle o maio
a un cabaleiro...
Moita bambolla
e pouco diñeiro (9).

Como ya queda dicho, no podían entrar en la catedral *por la indecencia de sus danzas y truhanadas* (10).

A CORUÑA: Cubrían su cuerpo con *fiuncho,* adornando la cabeza con una vistosa corona de flores. En su mano derecha llevaban una cruz también adornada con flores. Dejaron de salir a mediados del siglo pasado (11).

Semejantes eran los de Portomarín (Lugo), que aún seguían saliendo en la década de los años cuarenta. Viveiro (Lugo), que en sus coplas había continuas alusiones a robos. Ribadeo (Lugo), inmortalizado por el pintor asturiano, afincado en Galicia durante muchos años, Dionisio Fierros Alvarez, en un cuadro titulado *O maio de Ribadeo,* población en la que contrajo matrimonio en 1873. Los de Ribadavia y O Carballiño (Ourense) se cubrían con *xestas* y *carrascas* (brezo), y los segundos preguntaban al auditorio:

¿Vístelo maio?
¿vístelo ben?
Se non o vistes
velo eiquí ven (12).

Mondoñedo (Lugo), que corrían por las calles de la población. Castro Caldelas (Ourense), que se cubrían con musgo. Lugo, en cuyas coplas había abundantes alusiones a ciertos manjares:

Ehí ven o maio
pola calle Falcón;
ehí ven o maio
comendo pan e lacón (13).

PONTEDEUME (A Coruña): Sus coplas eran dialogadas, con abundantes preguntas y respuestas, teniendo además la particularidad de que intervenían niños y niñas, todos vestidos de *maio,* menos el jefe de la pandilla. Se echaban al suelo con el fin de causar gracia a los espectadores. Sus coplas tradicionales tenían un cierto aire de viejo romance (14).

MONFORTE DE LEMOS (Lugo): Se cubrían con ramas de *bido* (abedul), *ameneiro* (aliso) y *negrillo* (olmo). Como los de Pontedeume, también se tiraban al suelo, con el fin de que al hacerse más graciosos, los espectadores les diesen mejores propinas.

VIANA DO BOLO (Ourense): Se diferencia de los anteriores en que aquí hacían de *maio* dos niños, que cubrían sus ropas con flores y ramas. En compañía de otros muchachos recorrían la población, recogiendo frutos secos, dinero, etc. En algunas de sus coplas aludían a la llegada del mes de mayo:

Levántate maio
que tanto dormiches,
xa pasou o inverno
e non o sentiches (15).

AS NOGAIS (Lugo): De *maio* hacía el más chiquitín del grupo formado por niñas y niños. Se vestía de blanco y en sus ropas colgaban flores. Sus cantos —que a diferencia de otros, acompañaban con panderos y *ferreñas* (sonajas)—, hacían constantes alusiones a las castañas, que solían ser la propina que recibían en pago de su actuación:

Santo que estás no caínzo
tira as castañas abaixo.
Tira das máis grandiñas
que ás pequenas non me abaixo (16).

Además de las poblaciones citadas, sabemos que este mismo tipo de *maio,* salía en Queiroga y Vilalba (Lugo); Verín y Celanova (Ourense); Noia, Porto do Son, Carnota y Betanzos (A Coruña); etc.

2. *Maios figurativos*

Salvo raras excepciones, son propios del Sur de Galicia (provincia de Pontevedra y parte de la de Ourense). Se trata, sin duda, de los más llamativos por su vistosidad, así como por lo agresivo de sus coplas. Además, también es un factor importante a tener en cuenta, son los únicos que salen actualmente, dándose el caso de que en aquellas poblaciones donde se intenta resucitar la fiesta, aunque antes hiciesen *maios* humanos, ahora prefieren los figurativos (dos casos son los de Verín —Ourense— y Santiago de Compostela).

Como ya queda dicho, su origen hay que buscarlo en un árbol adornado que acabó metamorfoscándose a través de los siglos, en una figura que aún sigue recordando la forma primitiva, pero que tiene la ventaja de que se puede mover y, por consiguiente, recorrer toda la población con él, cosa que con el primero era imposible.

En los últimos años se ha dejado notar fuertemente la intervención de sociedades culturales, asociaciones de vecinos, empresas, partidos políticos, etc., debido a que los *maios* son muy apropiados para hacer crítica o publicidad de los hechos más importantes ocurridos durante el año. Hay que tener en cuenta que no es lo mismo decir algo en «serio» que «en broma», y más cuando es la voz «inocente» de un *maio.* Estamos, por tanto, ante uno de los muchos casos de *censura popular* bien acogida (dentro de lo que cabe) hasta por el censurado, por tratarse de fiestas en las que, tradicionalmente, se viene haciendo esto desde hace siglos (17).

A continuación haremos un pequeño recurrido por las poblaciones más importantes, aunque sin pretender citarlas todas:

PONTEVEDRA: La forma tradicional —cónicos o piramidales—, es la que sigue privando todavía. Su armazón, hecho con varales y cañas, se recubre con *fiuncho, españadans* (espadañas), *xestas...,* y se adorna con cáscaras de huevo (a mediados del siglo pasado salió uno con más de 300 tan sólo en la corona), naranjas *bravas* (que no se pueden comer) y, por supuesto, flores de todo tipo, tanto de jardín como silvestres. El *maio* va —como si de una imagen se tratara— sobre unas andas (hasta no hace muchos años también los había que llevaban ruedas), en las que es trasladado de un lugar a otro por los mismos niños componentes del grupo (entre seis y ocho). Como remate, en la parte superior, suelen llevar una artística y vistosa *coroa* (corona) de flores, naranjas o cáscaras de huevo, que hasta principios de siglo variaba según el día: el uno de mayo era una *coroa* normal, mientras que el tres se sustituía por una gran cruz. Actualmente tan solo salen el primer día. Además, suele acompañar al *maio* un *ramo* también floral que porta uno de los muchachos.

Las letras de sus coplas, a diferencia de las que ya hemos visto en los *maios* humanos, siempre son de tono muy agresivo, crítico, burlón o irónico. Denuncian todos aquellos hechos más notorios ocurridos a lo largo del año, algunas veces, a personas que ocupan cargos importantes. Así, por ejemplo, uno de 1923, refiriéndose a la nula labor del gobernador civil, decía:

Señoras e señores
poñan atención
que imos falar
do Sr. Gobernador.
.....
Nin é alto, nin é baixo,
nin é malo, nin é bó,
parece un reló parado
dentro da Diputación (18).

Maio-niño de Portomarín (Lugo) (Foto G. Paz López)

Debido a esto, durante el gobierno del general Franco, antes de entrar en imprenta, tenían que pasar por la censura del Ministerio de Información y Turismo.

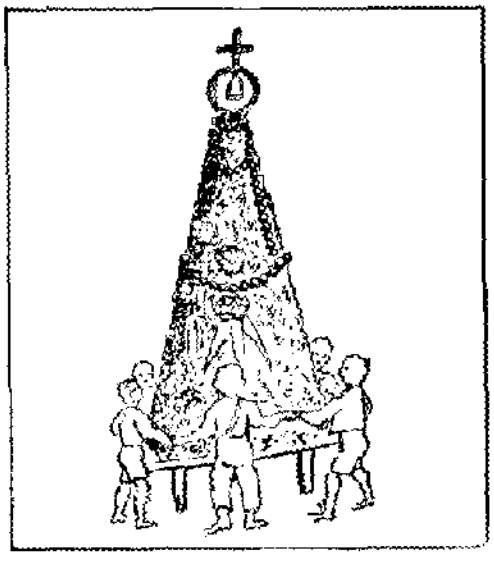
Aunque tampoco faltan las coplas poéticas, dedicadas a cantar las excelencias del buen tiempo y, en particular, del mes de mayo. La siguiente estrofa procede de uno de 1840:

Este mes de maio
é o mes das flores,
cando os paxariños
ven ós seus amores (19).

A finales del siglo pasado muchos fueron sustituidos por «fragatas», «arcos», «castillos», etc., hechos de cartón y pintados de llamativos colores. Además, sus coplas, que estaban en castellano, siempre se referían a hechos «patrióticos» acaecidos durante el año: combate del Callao, guerra de Cuba, etc. Un «arco de triunfo» de 1903 estaba dedicado al político Nicolás Salmerón:

Hoy es el día de Mayo
y venimos a cantar
Al frente de nuestro arco,
Emblema de libertad.
.....
Agítanse los pechos
En fuego noble y santo
Al grito sacrosanto
De patria y libertad.

El niño que hace de solista se oculta para cantar debajo del *maio*, mientras los demás compañeros dan vueltas llevando el compás con golpes de palos, repitiendo seguidamente la estrofa cuando él la termina.



Un *maio* de Ourense

También pueden acompañar el canto dando con un palo grande (*fungueiro*, estadojo) en el suelo. De esta última forma era como se consideraba tradicional ya a finales del siglo pasado (20).

Antiguamente el cementerio de los *maios* era la ría, a la que eran arrojados despiadadamente el día tres por la tarde.

OURENSE: Junto con los anteriores, tanto por el número de participantes como por la calidad artística, son los más importantes de Galicia. Salen el día tres y se juntan en la Praza Maior. Allí se puede admirar todo tipo de figuras, pues a diferencia de los pontevedreses, aquí concurren algunos que semejan más carrozas que *maios*. Los tradicionales siguen siendo, en líneas generales, muy parecidos a los de Pontevedra —cónicos o piramidales—, aunque más altos y estrechos, rematando en un pequeño arco dentro del que suele haber una campanilla y, encima, una cruz. También son llevados en andas por los niños. En su mayoría están hechos con *xestas* y musgo, y decorados, además de flores (aunque pocas), con *carrabouxiños* o *bugallas* (agallas del roble). El jefe de la cuadrilla también se oculta para cantar debajo del *maio*, mientras que los restantes del grupo van dando vueltas acompasadamente cogidos de las manos, y repitiendo las estrofas del solista. Igual que los de Pontevedra, tienen música propia.

Su importancia y antigüedad queda patente en el hecho de que ya figuran en el *Diccionario* de P. Madoz, t. XII, Madrid, 1849: «De las antiguas preocupaciones apenas ha quedado resto alguno, excepto de no casarse el martes, el *mayo* y los *fuliones* del Carnaval».

En su repertorio figuran composiciones de todo tipo: poéticas, burlescas, irónicas, etc. Esto le ha costado prohibiciones gubernamentales a alguno de ellos, por «meterse» con el obispo, gobernador, o políticos de la capital. Su cementerio era el río Miño, al que eran arrojados al terminar la fiesta desde lo más alto de *A Ponte Vella*. Uno de 1923 daba la bienvenida al mes de mayo, cantando:

Chegou xa o maio
cantando ós amores,
namorando ás nenas,
vestido de flores (21).

Son semejantes a los de Pontevedra y Ourense, los de las siguientes poblaciones:

Provincia de Pontevedra: Marín, Vigo (desaparecidos en el siglo pasado), Redondela, Sanxenxo, Caldas de Reis, etc.

Provincia de Ourense: Allariz, Verín (hasta no hace muchos años eran iguales a los del primer grupo), Barco de Valdeorras, etc.

Provincia de A Coruña: Santiago de Compostela (empezaron a salir hace unos dos años).

VILLAGARCIA DE AROUSA (Pontevedra): El solista no se suele ocultar debajo del *maio*. En otros tiempos fueron famosas las cruces de flores, que competían en cantidad y calidad con los *maios* tradicionales.

PORTOSIN (A Coruña): Se trataba de una figura hecha de arcos de ramas y flores y que era llevada en andas, como si fuese una imagen. Por encima, a modo de corona, sobresalía una cruz. Delante iba un niño con un *ramo* que recordaba un mástil de barco, adornado también con flores y cintas de colores. Danzaban alrededor de este último.

3. *Barcos de maio*

Se trata de pequeños barcos hechos de cartón y adornados con banderolas y flores y que, junto con los *maios* tradicionales —téngase en cuenta que estos barcos están considerados tan tradicionales como ellos—, concurren a los concursos que se celebran en Pontevedra, Marín y Vilagarcía de Arousa, y hasta principios de siglo también en Caldas de Reis (Pontevedra).

Actualmente empiezan a escasear, aunque es muy raro el año en que no sale alguno. A diferencia de los anteriores, los niños cantan a babor o a estribor, según donde esté el público. Las coplas suelen referirse a hechos relacionados con el mar, y su música es diferente a la de los otros *maios*:

Eiquí ven o noso barco,
esta fragata valente,
con bandeiras e cañóns
que so no pasmo da xente (22).

V. Conclusión

De todas las manifestaciones folklóricas —agrarias o lúdicas— propias de los últimos días de abril y primeros de mayo, muy abundantes en otros tiempos, tan sólo los *maios* se encuentran en una situación que aún les permitirá seguir saliendo durante varios años, y, en particular, en Pontevedra y Ourense. De las demás ya se puede decir que han desaparecido o su fin está muy próximo.

Caso aparte es el de colocar ramos de *xesta* el primero de mayo, pero ya no en las puertas de las casas, ni en los cuernos de los animales, ni tampoco en los aperos de labranza, sino en los coches. De esta forma, los automovilistas van anunciando por nuestras carreteras que ha llegado el verano y que el invierno ha muerto:

No tambor da lúa
redoblan os anxos.
Anuncian gozosos,
que chegou Don Maio (23).
(Ourense)

BIBLIOGRAFIA

CARO BAROJA, Julio: *La estación de amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*, Madrid, 1979.

FILGUEIRA VALVERDE, Xosé: *A festa dos Maios*, "Arquivos do Seminario de Estudos Galegos", I, Santiago de Compostela, 1927.

GARCIA DE DIEGO, Pilar: *Censura popular*, "Revista de Dialectología y Tradiciones Populares", XVI, Madrid, 1960.

GONZALEZ PALENCIA, A./MELE, E.: *La Maya. Notas para su estudio en España*, Madrid, 1944.

GONZALEZ PEREZ, Clodio: *Os maios*, "Gran Enciclopedia Gallega", t. XX, Santiago de Compostela, 1983.

GONZALEZ PEREZ, Clodio: *Aproximación o "Ciclo de Maio" en Galicia: alumear o pan ou danzas do pan*, "Gallaecia", VII, Santiago, 1982.

GREGORIO FERNANDEZ, Emilio R.: *Os maios*, "Museo de Pontevedra", XXVI, 1972.

INZENGA, J.: *Cantos y bailes populares de España: Galicia*, Madrid, 1888.

PEREZ BALLESTEROS, José: *Cancionero popular gallego*, Madrid, 1886.

TORNER, Eduardo M./BAL Y GAY, Jesús: *Cancionero Gallego*, Madrid, 1973.

(1) Gaspar Melchor de JOVELLANOS: *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre el origen en España*, t. I de sus Obras, BAE, XLVI, Madrid, 1858 p. 488.

(2) B. S. de CASTELLANOS: "Costumbres españolas. De la galante festividad floral llamada del mayo o de la hermosa maya" en el *Museo de las Familias*, t. V, Madrid, 1847, p. 90. También Julio CARO BAROJA: *La estación de amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*, Madrid, 1979, p. 57.

(3) Cf. Clodio GONZALEZ PEREZ: *Aproximación o "Ciclo de Maio" en Galicia: alumear o pan ou danzas do pan*, "Gallaecia", VII, Santiago, 1982.

(4) Annette M. B. MEAKIN: *Galicia the Switzerland of Spain, London*, 1909, p. 310.

(5) Clodio GONZALEZ PEREZ: *Art. cit.*

(6) Xesús TABOADA CHIVITE: *Etnografía galega*, Vigo, 1972, p. 69.

(7) Julio CARO BAROJA: *Obr. cit.*, p. 49; Pilar GARCIA DE DIEGO: *Censura popular*, "Revista de Dialectología y Tradiciones Populares", XVI, Madrid, 1960, p. 328.

(8) ¡Cantarán el mayo! / ¡Y además bien cantado!

(9) Yo le pedí el mayo / a un caballero... / Mucho bombín / y poco dinero.

(10) JOVELLANOS: *Obr. cit.*, p. 488. Sobre el *maio* de Santiago pueden consultarse, entre otros, a J. INZENGA: *Cantos y bailes populares de España: Galicia*, Madrid, 1888, págs. 72 ss.; José PEREZ BALLESTEROS: *Cancionero populas gallego*, t. II, Madrid, 1886, p. 194.

(11) José PEREZ BALLESTEROS: *Obr. cit.* p. 194.

(12) ¿Vísteis el mayo? / ¿lo vísteis bien? / Si no lo vísteis / aquí viene.

(13) Ahí viene el mayo / por la calle Falcón; / ahí viene el mayo / comiendo pan y lacón.

(14) J. INZENGA: *Obr. cit.*, págs. 74-5.

(15) Levántate Mayo / que tanto dormiste / ya pasó el invierno / y no lo sentiste. Cf. Nicolás TENORIO: *La aldea gallega*, Cádiz, 1914 ,págs. 139-41.

(16) Santo que estás en el cañizo / tira las castañas abajo. / Tira de las más grandes / que por las pequeñas no me agacho.

(17) Cf. Pilar GARCIA DE DIEGO: *Art. cit.*, págs. 327 siguientes.

(18) Señoras y señores / pongan atención / que vamos a hablar / del Sr. Gobernador / ... / Ni es alto, ni es bajo, / ni es malo, ni es bueno, / parece un reloj parado / dentro de la Diputación.

(19) Este mes de mayo / es el mes de las flores, / cuando los pajaritos / ven a sus amores.

(20) F. PORTELA PEREZ: "Recordos da infancia", *Galicia, revista regional de Ciencias, Letras, Artes, Folklore, etc.*, núm. 6 dic. 1892, p. 375.

(21) Llegó ya el mayo / cantando a los amores, / enamorando a las niñas, / vestido de flores.

(22) Aquí viene nuestro barco, / esta fragata valiente, / con banderas y cañones / que son el pasmo de la gente.

(23) En el tambor de la luna / redoblan los ángeles. / Anuncian gozosos, / que llegó Don Mayo.

ROGATIVAS PARA PEDIR LA LLUVIA

Angel Lera de Isla

Pastores y labriegos:
los pies en la tierra, la mirada en el cielo.

¿Es propiamente un "dicho popular"?... Francamente, no lo sé. Sólo puedo decir que se lo oí decir más de una vez, siendo yo muchacho todavía, al tío Ramón el Campesino. Lo decía en aquel tono sentencioso en él muy natural. Y si alguna vez se lo oí a algún otro vecino de mi Urueña natal, éste añadía siempre: "como suele decir el tío Ramón el Campesino". En el pueblo decían que el tío Ramón era poeta. La verdad es que, por lo que yo recuerdo, el tío Ramón no hacía versos. Eso sí, se sabía muchos versos de memoria, romances y cosas así, pero, como él mismo solía decir, no se los sacaba de la cabeza, como decía la gente, sino que se los había aprendido. El tío Ramón el Campesino, de eso sí que recuerdo perfectamente, era un hombre que leía mucho. Me parece estar viéndolo aún, sentado en un taburete, a la solana de la puerta de su casa, calados sus anteojos que parecían de alambre, leyendo libros siempre viejos, ajados, hasta me parecía a mí que mugrientos.

Pero a lo que yo iba: aquellas palabras del tío Ramón el Campesino de mi pueblo decían una gran verdad. Recordemos que de los veinte millones de hectáreas que, en números redondos, se labran en España, muy cerca de dieciocho millones son tierras de secano. Los labradores de estas tierras no tienen más remedio que asentar muy firmemente sus pies sobre una tierra de cultivo cuya labranza tiene grandes dificultades y no dejar de mirar al cielo esperando o implorando el agua de la lluvia.

De ahí esa costumbre tan generalizada en nuestro medio rural de sacar en procesiones de rogativas a las Vírgenes y a los Santos que cada pueblo tiene por Patrono o a los que veneran con especial devoción. Cuando la sequía, tan frecuentemente, amenaza con destruir las cosechas, los campesinos sacan en procesión a sus Santos para implorar de ellos que la lluvia caiga sobre sus campos sedientos.

El Santo que con más frecuencia es sacado en procesión para pedir la lluvia salvadora es San Isidro Labrador, quizás porque consideran que es el que mejor oirá las súplicas de los labradores.

Por esta razón, y sin perjuicio de recoger en este trabajo algunas otras manifestaciones de rogativas en petición de lluvias, me propongo en primer término recoger aquí una estampa rural por mí vivida en un pueblecito muy próximo a Madrid, patria chica de San Isidro y uno de los pocos pueblecitos rurales y agrícolas que a la provincia de Madrid le quedan.

Un Santo Campesino

Es ciertamente cosa curiosa que una tan grande urbe, tan populosa, tan "urbanizada", tan alejada del campo como es Madrid, tenga por Santo Patrón a un Santo Labriego. No lo digo en desdoro de la capital de España, pero ¿verdad, amigo lector, que no deja de ser una nota curiosa el hecho de que Madrid, tan despegado de las inquietudes agrarias, tan ajeno a los trajines de la labranza, tenga por Patrón a este Santo Labriego?

Claro está que cuando San Isidro labraba las tierras de Juan de Vargas, los labradores de Madrid, capital, tenían que caminar con sus yuntas muy cerca de dos leguas para alcanzar los barbechos de la Elipa, al otro lado del Arroyo Abroñigal, y eran entonces tierras de labrantío las del Cerrillo de San Blas, junto a donde hoy está el Ministerio de Agricultura, y se labraban los ejidos del hoy Barrio de Chamberí, y eran huertas amorosamente cultivadas los aledaños de la que hoy es Plaza de Antón Martín, en lo que ahora es el mismísimo centro de Madrid, y de huertas estaba rodeado el viejo camino de Atocha...

Azorín ha glosado el poema "Isidro", de Lope de Vega, y ha dicho que es "el verdadero código estético de Lope". En ese poema, Lope de Vega nos presenta a Isidro como un pobre labrador iletrado que, aprendiendo lecciones de sencillez, de humildad, de perseverancia, de amor, "en los campos, las aguas y las flores..., se encumbra a la más alta cima: la santidad". Con la azada en la mano, alcanza Isidro, al decir de Lope de Vega, "más estimación y honor que el más galán cortesano". Leyendo el poema de Lope, se percata uno de que fue precisamente el campo el que hizo Santo al buen labriego madrileño.

Una inolvidable rogativa

Aquella primavera del año 1950, los hielos habían causado graves daños a las cosechas; pero, además, fue una primavera seca, obstinadamente seca. Era un lento suplicio para los labradores ver cómo transcurrían los días sin caer del cielo una sola gota de agua. La única esperanza era ya San Isidro. Si para San Isidro llovía, aún podría salvarse, en parte al menos, la cosecha de cereales, y podría rehacerse el viñedo y cuajar el olivar. ¡Y San Isidro nunca había olvidado a los labradores!

Desde el día 14, había ya aire de fiesta en el pueblo. El caso es que todo parecía hallarse tan en calma, que nadie diría que la mayor fiesta del pueblo estaba tan próxima. Pero aquella tarde llegó la banda de música y levantó tras de sí, por las calles de la aldea, toda la estrepitosa algarabía de la turba infantil, toda la bulliciosa alegría de los mozos y las mozas del lugar, y con tales jolgorios, levantó también el decaído ánimo de los labradores.

Por la noche hubo vísperas en la iglesia y baile en la plaza, y a la mañana siguiente, misa solemne, con el Ayuntamiento en los bancos, y con sermón dicho por cura forastero.

Por la tarde salió la procesión que iba a pedir al Santo la lluvia tan necesaria. La imagen del Santo era llevada en hombros por cuatro mocetones. El cura iba en medio de dos monaguillos; el alcalde, con el Ayuntamiento en pleno; la banda de música; la chiquillería; hombres y mujeres...

Ni una nube en el cielo azul. El sol, abrasando la tierra seca y poniendo desasosiego en las almas campesinas. La procesión se detiene en la plaza. Se hace la ofrenda de los niños al Santo. Las andas sobre las que va la imagen de San Isidro se llenan de angelitos de carne y hueso. ¡Anda, que bien saben estos viejos labrantines lo que se hacen! No podrían escoger mejores mediadores para hacer llegar sus súplicas al cielo, que el candor y la pureza de sus hijos más chiquitines.

Ya la procesión en pleno campo, en el azul del cielo aparecen unas nubecillas blancas, como de algodón en rama. Unos labradores ofrecen no sé cuántas fanegas de trigo en honor del Santo Patrono, si la procesión sube hasta la que llaman la Peña Blanca. Y la procesión sube por un caminejo que más bien es un tortuoso sendero por el que sólo pueden subir cabras. Los músicos tienen que dejar de tocar. Hay que sacar a subasta el llevar los cuatro brazos de las andas por mocetones, que todos quieren tener el honor de subir al Santo sobre sus hombros.

Las nubes blancas han ido tornándose grises. No faltan otros labradores que ofrecen diversas cantidades de trigo para que la procesión en rogativa continúe hasta la cumbre que le dicen de la Atalaya. Y la procesión sigue sendero arriba. La gente va que ya no puede más. Pero nadie se queja. Ahora ya no se oye más que las pisadas del fuerte calzado rústico sobre el pedregoso camino, y la respiración anhelosa, y el levísimo bisbiseo de los devotos que, sin dejar de mirar al cielo, escrutan las nubes y murmujean sus peticiones y esperanzas. Todos subían la empinada cuesta sin poder resollar, pero ¡hala!, ¡hala!, hasta arriba, que San Isidro nos lo agradecerá. ¡San Isidro no puede faltarnos!

Ya la procesión en la Peña Blanca, aparecen en el cielo otras nubes más esperanzadoras. ¿Tendremos agua?... ¡Hombre, principio quieren las cosas, y por de pronto, esas nubes ya quieren decirnos algo!... ¡No sé, no sé! ¡De mala parte viene el aire!... ¡Bah! ¡Cuando Dios quiere, con cualquier aire llueve!...

El señor cura, desde lo más alto de la Peña Blanca, echa la bendición a los campos. La gente, arrodillada, ruega a San Isidro que envíe la lluvia que tanto necesitan estos campos resecos. Algunas personas cogen puñados de tierra y la besan, y hasta se me hace a mí que la riegan con sus lágrimas.

La procesión inicia el descenso hacia el pueblo por el camino de Los Almendrales. Empieza a chispear. Nada. Como quien dice, cuatro gotas, ¡pero mares de esperanzas! La gente empieza a animarse. Los músicos rompen a tocar una pieza entonces muy popular. No recuerdo bien si le decían "Francisco Alegre y olé". Unas mujeres se acercan al señor cura: "Pero, don Severiano, ¿cree usted que puede consentirse esta música en una procesión? ¿No nos lo tomará a mal San Isidro Bendito?". El bueno de don Severiano contestó: "Déjenlos que toquen lo que quieran. San Isidro sabe mucho de congojas de la gente campesina".

Y empezó a llover con cierta intensidad. La gente recibió complacida esta lluvia que el Santo les enviaba. Y surgieron vivas al Santo, y al señor cura, y al alcalde, y a los mozos que habían subido al Santo por aquellas cuestas... Y un labrantín muy anciano dijo:

—¡Ya dije yo que San Isidro no podía faltarnos!

Otras manifestaciones populares

Me refiero, claro está, a manifestaciones en relación con los ritos y rogativas populares para pedir la lluvia.

En muchos pueblos, los chiquillos solían pedir, en sus juegos, cantando, la deseada lluvia. Que yo recuerde, cuando yo era chico, en mi pueblo, así que oíamos a los labradores quejarse de la falta de lluvia, teníamos como juego cantar este cantarcillo: "Que llueva, que llueva, — la Virgen de la Cueva, — los pajarillos cantan, — las nubes se levantan, — que sí, que no — que caiga un chaparrón".

Cada pueblo pedía a su Virgen o a su Cristo de especial devoción la lluvia con sencillos cánticos: Castillo de Lucas, de quien fui muy amigo, recogía en su librito "El sentir y el pensar vallisoletano" algunos ejemplos. En Alaejos cantaban a su Patrona: "¡Oh Virgen de la Casita! — Tú que tienes el poder, — quita el candado a las nubes — para que empiece a llover".

En Valverde del Majano (Segovia), según el Padre Del Valle, se cantaba a Nuestra Señora del Sepulcro: "Los brazos tenéis abiertos, — los ojos mirando al cielo, — suplicando a vuestro Hijo — que nos riegue nuestro suelo".

Alonso Llamas cita este canto de procesión en Astorga, a la Virgen del Caño: "Daynos agua, — daynos vino, — daynos habas..." Y así enumerando los distintos cultivos que necesitaban la lluvia.

Y en Burgo de Osma (Soria), según dice Enrique Casas, van a la romería de la Virgen del Espino cantando: "Virgen Santa del Espino, — ten compasión de los pobres, — échanos un chorro de agua, — defiende a los labradores".

Hay una numerosísima y a veces muy curiosa colección de cantos populares para pedir la lluvia en diversas regiones de España, sobre todo de la España seca, como es natural. Pero no quiero cansar más a mis posibles lectores. Gracias.

El folklore en el campo de Montiel y Calatrava

Pedro Echevarría Bravo

Al pisar, por vez primera, en 1935, esta bendita villa cervantina, hogar de labriegos y cuna de hidalgos, observé que *un silencio como de muerte* reinaba por el Campo de Montiel y Calatrava y, entonces, surgieron en mi alma, los recuerdos y vivencias de mis aficiones al folklore español, iniciadas, siendo niño, en la tierra del Mío Cid...

Entonces, hice el propósito de recorrer los pueblos enmarcados en la famosa *Ruta de Don Quijote,* persiguiendo las huellas líricas en las voces casi apagadas ya de los viejos aldeanos, entrevistándome con gañanes, pastores, mayorales y campesinos, artesanos y productores, viviendo su propia vida, *la vida del campo,* única forma del pueblo trabajador.

De este modo, he tenido la gran oportunidad de conocer, a fondo, a más de mil campesinos, entre los cuales se encuentran verdaderos *trovadores* de su canción popular, como el "hermano" *Bocarrana,* de Argamasilla de Alba (en la Mancha quijotesca se sustituye la palabra *tío* de Castilla por *hermano);* la *Liebre,* de Montiel; el *Niebla,* de Campo de Criptana; *Mazantini,* de Ciudad Real; el *Pacorro,* de la Mota del Cuervo, y tantos otros campesinos anónimos, fieles depositarios del folklore cervantino. ¡Todos ellos *neltabetos* en solfa, como dicen ellos! Pero... ¡todos muy *aquitetos* (es decir, listos) inspirados por el numen típico y tradicional de su ambiente! ¿Para qué llamarles por sus propios nombres y apellidos, cuando todo el mundo los conoce con su apodo a las mil maravillas en sus respectivas localidades?

Este constante peregrinar por los Campos de Montiel y Calatrava me ha dado la facilidad de poder conocer, en su propia salsa, diversidad de canciones populares de varias clases, como las típicas seguidillas, vulgo *manchegas,* de las que ya nos habla Cervantes, en su obra

universal (parte 2.ª, cap. XXXVIII), que ya se usaban entonces en Candaya, en cuyo baile dice: *"Allí era el brincar de las almas, el retozar de las risas, el desasosiego de los cuerpos y, finalmente, el azogue de todos los sentidos"*.

Allí también las torrás manchegas, rondeñas, epitalamios, romances, fandangos, boleras o meloneras, canciones de quintos, rondas, villancicos, llamados, en estos Campos de Montiel y Calatrava, *Aguilanderos*, canciones de laboreo, trilla, siega, vendimia, arar, desgranar, gañaneras o gañanadas, que, según el ilustre escritor y embajador, mi querido amigo Giménez Caballero *"saben a almortas, a titos, a pringue, a migas con vino morato, a aceite, y a pellejo, a viento, a molinos, a mulas, a tierra"*, canciones de muleras, recogida de aceituna, acarreo de mieses, canciones de cuna, cerner la harina, en esos molinos de viento —*"gigantes briareos"*—, que, algunos, según el propio Cervantes, *"son verdaderos símbolos de la Mancha, la más grande creación que los ojos vieron;* canciones de bodas, mayos, pregones, cantos de sereno, rosarios de la aurora, rogativas, cánticos de romería, pasiones y calvarios, brindis manchegos, propios de las bodegas o cuevas, modismo fonético cervantino, coreografía, costumbrismo, refranero, etc., etc.

Con motivo de haberse celebrado, en 1947, el IV Centenario del Nacimiento de Cervantes, me propuse recorrer la *Ruta de Don Quijote* y dedicar al Príncipe de los Ingenios este trabajo, fruto de mis andanzas por el Campo de Montiel y Calatrava, como homenaje a su obra inmortal, a la cual supo llevar toda la gama musical posible, a través de su rico y exuberante *folklore*, entendiendo por tal vocablo no sólo la música, los cantos, bailes y danzas populares, sino también todo cuanto esté relacionado con las artes populares, incluso las artes plásticas y, como es natural, con el saber científico o técnica popular y hasta los actos de sociabilidad.

Mi *desideratum*, en aquel entonces, ahora y siempre, es dar a conocer, en el Mundo Hispánico, esta gran riqueza lírica cervantina, cuyos pueblos se alegraron al escuchar *nuevamente* aquellas voces y canciones populares de sus descendientes; canciones y danzas que sienten y comprenden intensamente, porque están arrancadas de sus entrañas, para serles ofrecidas en forma de consuelo y esperanza. Las tardes grises de sus campos y llanuras también cantaron al son de las viejas cantigas resucitadas, mientras la Mancha entera, a la cabeza de España, juntamente con sus hijas de Hispanoamérica celebraba solemnemente, con ansias de *paz* y *amor*, el IV Centenario del Nacimiento de Cervantes al grito rebelde de ¡¡VIVA el FOLKLORE MANCHEGO!!

ETNOGRAFIA MUSICAL DE LA MANCHA

La Mancha, *tierra seca*, que llamaban los árabes, *"tierra salobre y triste, lisa y monda, sin accidentes ni contornos"*, según Concha Espina —¡qué equivocada estaba la ilustre escritora, desconocedora, por lo visto, de la gran borrachera que llevan en sí mismas las alegres *seguidillas!*— es, en la actualidad, la mayor de todas las regiones de España y, a juicio de Rodríguez Marín, el gran exégeta de Cervantes, *"tiene cerca de 31.000 kilómetros de extensión superficial"*.

La provincia de la Mancha ocupaba antiguamente gran parte del centro de la Península, pero debido a su gran extensión, fue repartida entre las conocidas de Ciudad Real, Toledo, Cuenca y Albacete, siendo la primera casi toda ella manchega. Por esta causa, es muy difícil, mejor dicho imposible, poder identificar las escenas y parajes de la *Ruta de Don Quijote*, porque, como dice muy acertadamente el escritor y geógrafo Antonio Blázquez, en su librito *La Mancha en tiempo de Cervantes, "el único mapa de España que circula desde 1550, y cuyas ediciones fueron muy numerosas y casi todas anteriores al Quijote, sitúa el Campo de Montiel, no en el lugar que le corresponde, sino al E. de Alcázar de San Juan y al N. de Minaya, Roda, Gineta, Albacete y Chinchilla, y al S. de Cañabate (Cuenca), y como es indudable que este mapa estuvo en manos de Cervantes, pudiera explicarse algunas dudas y contradicciones del "Quijote", por este error del cual no era Cervantes responsable"*.

Así vemos, pues, que, en 1605, por ejemplo (año en que se publicó la primera edición del *Quijote)* la Puebla de Almuradiel y Quintanar de la Orden, pertenecían a la *Mancha de Aragón*, de la que nos habla también Cervantes, pero sin afirmar que sea esta *Mancha* la patria de *Don Quijote*, en lo que afecta a la primera parte de su libro inmortal; Socuéllamos, por el contrario, era de la *Mancha de Toledo;* y El Toboso —*"tierras de Dulcinea, campos de vino y pan"*, como dice el poeta Lope Mateo—, lo encuentra en la *Mancha de Castilla*, según las relaciones topográficas de aquel tiempo.

Sin embargo, está demostrado que el autor de *Novelas Ejemplares* hace referencia a la provincia de la Mancha, a la cual pertenecían, en aquel tiempo, los Campos de Montiel y Calatrava, el Priorato de Campo de Criptana y la Orden

de San Juan, que tanto elogia Cervantes cuando llama a sus miembros *"Caballeros de una Orden santísima"*. A este territorio se le suele llamar *Mancha Baja.* Esta Mancha *"por donde cruzaba "Don Quijote", seguido poco tiempo después de un escudero, también manchego, es llamada, y se llamará siempre, la Mancha de Cervantes"*, afirma el citado ilustre folklorista Rodríguez Marín.

La razón es bien patente, ya que figuran en ella los dos únicos pueblos que cita Cervantes en su obra de un modo terminante y claro, Quintanar y El Toboso, como pueblos de la región en que *Don Quijote* opera, y por estar en ella los únicos *molinos de viento manchegos,* donde se cuenta el *"buen suceso que el valeroso "Don Quijote"* tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura, que, indudablemente, tuvo que acaecer en los Campos de Criptana, Mota del Cuervo y el Pedernoso, enclavados en el partido de la Mancha.

Todos estos territorios constituyen, hoy día, la *ETNOGRAFIA MUSICAL DE LA RUTA DE DON QUIJOTE,* tomando como base o corazón de esta demarcación de pueblos a la antigua *Alces romana,* conocida por Alcázar de San Juan y, durante la guerra civil de 1936, por *Alcázar de Cervantes.* Por esta causa, es de todo punto imposible afirmar, con toda exactitud, dónde está el *"verdadero indigenismo primitivo de un canto"*, como afirma el Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Palencia, señor Castrillo, *"debido a esas fluctuaciones de gentes, dispersas por los pueblos, originadas por la diversidad de tipos y razas de sus pobladores"*.

Por lo tanto, lo único que puedo hacer, en este sencillo artículo, es presentar al lector una clasificación histórico-literario-musical, acerca del empleo que dan los pueblos pertenecientes al Campo de Montiel y Calatrava, a través de la copla popular.

LA COPLA A TRAVES DE LAS SEGUIDILLAS

El pueblo manchego posee una feliz y espontánea inventiva, y, en un periquete, saca coplas a cuanto le viene en gana, a todo bicho viviente, como veremos más adelante.

En mis repetidas andanzas, por la *Ruta de Don Quijote,* han sido muchos los campesinos que, al acercarme a ellos, para recopilar sus canciones, me han contestado con estas o parecidas palabras: *"Con "toas" las coplas que sabemos los que trabajamos en esta "Quinteria"* (casa de campo), *al "contau" llenaba usted un par de costales llenos"*. Y así es, en efecto, y sin exageración alguna. Para los que conocemos, a fondo, el modo de vivir de estas sencillas gentes del campo, sabemos muy bien que, desde que sale el *hermano* Sol hasta que asoma la Luna, están siempre con la copla en la boca. Por algo decía Rodríguez Maarín, gran catador de la lírica cervantina, que *"a todo le sacan coplas en la Mancha"*. Por esta causa, no es extraño que se haya hecho tan popular, en estos Campos de Montiel y Calatrava, esta coplilla:

Tengo mi cuerpo de coplas,
que parece un avispero,
se empujan unas a otras,
por ver cuál sale primero.

Y te dicen muchas veces, haciéndose los distraídos y rascándose la cabeza (como queriendo recordar algo) que ellos no saben *ná;* pero... si les estiras de la lengua, en seguida te dirán que, en tiempos del hermano *Melenas,* o cuando vivía la hermana *Esgarramantas,* se cantaba una copleja al son de las *manchegas,* que decía así:

Si quieres saber coplas,
vente a mi pecho;
que s'a güelto *poeta*
mi pensamiento.

Ya que hemos citado una seguidilla, vamos a hablar, muy brevemente, acerca de su origen. Que yo sepa, *nunca* se han puesto de común acuerdo los historiadores sobre el origen de las seguidillas, vulgo *manchegas.* Mientras unos afirman que pertenecen el siglo XVI, otros, en cambio (y yo disfruto también de esta opinión), sostienen que tuvieron su origen en la Mancha, durante el siglo XV, siendo un aire de canto y danza muy popular, cuyo compás es de tres tiempos, de un movimiento muy animado.

Tampoco concuerdan los historiógrafos musicales sobre si su origen es puramente indígena o, por el contrario, son producto de la influencia morisca, como resultado de las invasiones que padeció la Mancha, sobre todo en los pueblos de Alcázar de San Juan (la capital geográfica de la Mancha), Almagro, Almedina, Alhambra, Almodóvar del Campo, Carquer, Cózar, Daimiel, Luciana, Montiel, Piedrabuena y otros muchos pueblos. Lo cierto es que, desde muy antiguo, se bailaba la *seguidilla* en la región central de España y, desde allí se extendió por toda la Península Ibérica, experimentando, como es natural, otras modificaciones y modalidades, en tiempo y en ritmo, según las regiones, como las *sevillanas* (muy semejantes a las *torrás* manchegas), *malagueñas* o *rondeñas,* el *fandango,* las *boleras,* como las llaman en La

Solana, o *meloneras,* según dicen en Daimiel, de un movimiento más reposado y señorial; las *seguidillas jaleadas,* características de la región andaluza, como Cádiz y Jerez de la Frontera, y, por último, las *seguirillas gitanas,* que se ejecutan más lentamente, impregnadas, casi siempre, de un sentimentalismo quejumbroso, que huele a flamenco puro.

Las *manchegas,* tal como les llama el pueblo, se escriben siempre en *tono mayor.* En cambio, las *seguirillas gitanas* en *tono menor,* pues, como afirma Tomás Borrás, *"son el origen, el brote del alma de un pueblo en su maceta propia".* Las seguidillas que más han trascendido en la coreografía española han sido, sin duda alguna, las *manchegas,* aromatizadas de sana e inconfundible lozanía, de las que se conservan, en el archivo - biblioteca del Ayuntamiento de Madrid, curiosas melodías, correspondientes al siglo XVIII, una de las cuales, compuesta por Antonio Guerrero en 1761, se hizo muy popular, por haberse interpretado en el sainete titulado *Los celos de Rosa,* y cuya coplilla decía así:

"A bailar seguidillas
salió mi guapo,
aunque son de la Mancha,
no le mancharon".

La composición métrica de las *manchegas* consta de cuatro hemistiquios (vulgo versos), en el que el cuarto es asonante del segundo, los cuales son de cinco sílabas, y el primero y el tercero de siete. Ahora bien: hay *seguidillas* con estribillo y sin estribillo. Veamos un ejemplo de estas últimas:

Dicen que andan ratones,
niña, en tu cuarto;
deja la puerta abierta,
yo seré el gato.

El autor de *En un lugar de la Mancha,* el citado Rodríguez Marín, en su colección de *Cantos Populares Españoles,* afirma que *"el estribillo de la copla, que llegó en tiempo posterior, es, como suele decirse, otro cantar o no anda muy distante de serlo".* A mi juicio, viene a ser, como una especie de sentencia o moraleja, que el pueblo, siempre inventivo, añade, *per se ipsum,* a otras coplas, principalmente cuando bailan, ya que no saben cómo van a terminar, y, para alargarlo más, con tal de que la velada siga *p'alante,* cantan una copla tras otra, hasta que rendidos ya todos de tanto tocar y bailar, echan la despedida. He ahí, pues, un ejemplo de *seguidilla* con estribillo:

La mujer y la cuerda
de la guitarra,
es menester talento
para templarlas;
flojas no suenan,
y suelen saltar muchas,
si las aprietan.

La copla de las *manchegas,* a las que el malogrado y admirado Joaquín Turina llamaba *"expresión típica de la danza española",* es, por regla general, socarrona, liviana, loquesca, en versicos fáciles, espontáneos, picardeados de imágenes lascivas, con una "miaja" de pica y repica como la pimienta, tal como la canta el gañancillo tras de la besana:

Arandillo, arandillo,
en tu huerto, Juana,
apretando el pescuño,
saltó la cama.

El fondo de la canción popular cervantina es la propia *Naturaleza:* la vida del campo. Sus actores suelen ser gañanes, pastores, campesinos y mayorales. La rondalla es sustituida, en muchas ocasiones, por la sartén de guisar las *gachas* (comida típica del campesino manchego, preparada con harina de almortas, muelas o titos, especias, hígado de cerdo y mucha pringue o aceite), acompañándose con el mango de la almirez, las cucharas y el cubo de dar agua al ganado. Así empieza esta fiesta campestre, en la que los mozos, recios como fuertes robles, se lanzan a bailar, al *contau,* según frase indígena del país, seguidillas y fandangos.

Con justificadísima razón afirmaba el llorado folklorista, Rogelio del Villar, que *"las fuentes de la poesía (lenguaje) y de la música hay que buscarlas forzosamente en el pueblo".* Por eso, ¡qué delicioso, qué agradable es, para los que nos dedicamos al estudio e investigación de la canción popular española, saborearla en su *propia salsa,* como me ha ocurrido a mí por el Campo de Montiel y Calatrava!

¡Bendita copla cervantina! Tú eres la musa indígena, por medio de la cual nuestro señor *Don Quijote* inmortalizó su gran amor a la simpar Dulcinea de El Toboso, que, en justicia, la llamaba *Emperatriz de la Mancha,* a través de esta seguidilla:

Toledo me da voces,
Madrid me llama;
y El Toboso me dice:
que no me vaya.

COREOGRAFIA DE LAS SEGUIDILLAS

Dentro de la Etnografía musical cervantina, el baile de las *seguidillas* tiene diversas variantes, en la *Ruta de Don Quijote*. Sin embargo, puede decirse que, hoy día, Manzanares, La Solana, Campo de Criptana, Pedro Muñoz, Argamasilla de Alba y Tomelloso, con la capital de Ciudad Real, son las poblaciones donde mejor se baila, sin que, por esto, podamos olvidar a otros muchos pueblos de la mencionada *Ruta*, donde hemos visto vibrar, en toda su pureza y desnudez, esta clase de bailes.

A este respecto, merece la pena que el lector conozca a la más fiel representación de este baile, en la malograda viejecilla María Catalina Angel Moreno, alias la hermana *Caeta*, de La Solana, conocidísimo pueblo por la famosa zarzuela *La rosa del azafrán*, original de mis llorados y queridos amigos maestro Jacinto Guerrero y Federico Romero, en cuyo pueblo solanero se bailan de la siguiente manera:

Este baile tiene *tres* tercios, con sus nueve coplillas o cantares. Cada tercio consta de tres frases de ocho compases, seguidos de música, y otros cuatro o cinco, indistintamente, según las comarcas, de toque de guitarras, *mandurrias* y laúdes. La posición de los bailadores, antes de iniciarse el baile, es ésta: los mozos, puestas las manos en las caderas, se colocan frente a las mozas, mientras éstas, sujetando las *castañetas* con las manos a fin de marcar los movimientos, permanecen con la mano derecha en la cadera, y colgando la izquierda, quedando, de esta forma, preparados, hasta que preludia la Rondalla a tocar, compuesta, generalmente, de guitarras, *mandurrias*, panderetas, platillos y el típico y tradicional *Tiplillo*, que, en algunas comarcas, tiene el nombre también de *Requinto*.

Seguidamente, los cantores hacen la *salida* o *introducción*, que consiste en lanzar un *¡ay...!* muy prolongado, o en cantar el primer hemistiquio de cualquier seguidilla, con lo cual puede decirse que se inicia ya el baile de las *manchegas*, terminando dicha *salida* o *introducción* con una ligera inflexión de los bailadores, que se arrodillan hasta tocar en tierra, con la pierna derecha.

En el *primer tercio*, bailan las parejas mirándose de frente, y, al terminar cada copla de cada tercio, se dan la espalda, para mudarse en forma contraria, durante la cual siguen bailando las otras dos coplas que faltan para terminar el primer tercio. Cada copla o cantar de este tercio tiene doce pasos de los bailadores, y el cambio de posición ocho.

Segundo tercio.—La Rondalla (que no cesa de tocar hasta finalizar los tres tercios) continúa marcando el ritmo de las *manchegas*, y las parejas, cuando les parece más oportuno, rompen a bailar con vueltas de *al revés*, quedándose de frente. Cada copla o cantar de este tercio, tiene dieciséis pasos, y, al terminar de cantar, se cambian los bailadores con vueltas de *al revés*, quedándose en dicha postura hasta empezar el tercer tercio, pero sin que cese de tocar la Rondalla.

Tercer tercio.—Este empieza bailándose con vueltas de *al revés* en la forma siguiente: la primera de *al revés* y la segunda *de haz;* la tercera de *al revés* y la cuarta *de haz*. Cada copla o cantar de este tercio tiene treinta y dos pasos, y la *mudada* dos vueltas de *al revés* con ocho pasos. Al terminar cada tercio, las parejas se quedan mirándose de frente, en la misma posición que empezaron a bailar las *manchegas*.

Antiguamente (aún, hoy día, se hace también en algunos pueblos enmarcados en la *Ruta de Don Quijote*, como Montiel, Campo de Criptana, El Toboso y Argamasilla de Alba) una vez finalizados los tres tercios, era costumbre, al rematar este baile, que la Rondalla interpretase seguidamente, dentro de la misma tonalidad, una *jotilla*, que bailaban también los presentes al acto.

Los movimientos del baile de las *manchegas* son vivos, en cuanto al movimiento del cuerpo, de los brazos y de los pies. Estos últimos se mueven en trenzados rápidos, pisando de tacón y de puntillas.

Los trajes típicos de los danzantes, en La Solana, son de la forma siguiente: las mujeres suelen usar faldas largas, corpiños y manilas, con alpargatas blancas o de color, peinadas con moño de la *estrella* o de *picaporte*. Los hombres, pantalón negro o de color oscuro, de pana, camisa blanca, almidonada, llevando en la frente un pañuelo de seda doblado, de diversos colores, con un nudo al lado.

En la capital de Ciudad Real este baile tiene algunas ligeras variantes, como el típico baile *bien parao*, que, con tanta gracia y salero, bailaba el popular *Mazantini* (Francisco García Márquez, de Ciudad Real), el mejor tocador y bailador de esta clase de bailes dentro de la región manchega. Muchos creen que el *bien parao* es un baile, como el de las *manchegas*, rondeñas, fandangos y meloneras. Nada de eso. El *bien parao* forma parte integrante de una de tantas posturas como tiene el baile de las *manchegas*, y consiste en lo siguiente:

Una vez que ha finalizado el primer tercio de las mismas, se hace una ligera pausa o parada, durante la cual los intérpretes quedan totalmente quietos, oyéndose solamente el rasgueo de las guitarras. Seguidamente, se inicia el segundo tercio, con ligeras modificaciones o cambios de pasos, y, al terminar éste, cada bailador vuelve otra vez a ocupar el mismo lugar en que se encontraba al comenzar el baile, y *entonces* es cuando se produce el *bien parao,* que puede considerarse, sin duda alguna, como el momento más gracioso, emotivo y original de este baile, y cuyo gesto consiste en suspender la terminación de la figura, para volver a comenzar otra nueva.

La antigua Villa-Reale, fundada por el músico-poeta Alfonso X el Sabio, puede considerarse como la esencia de este baile, que tenía su mejor y más fiel interpretación en la fiesta de la típica *Pandorga.* Según los datos históricos, que hemos podido recoger acerca de esta fiesta, parece ser que, desde el siglo XVI, los ciudarrealeños tenían la buena y santa costumbre de celebrar en la noche última del mes de julio y primera madrugada de agosto, la fiesta de la *Pandorga.* Esta consistía en saludar, con canciones populares, a la Santísima Virgen del Prado, Patrona de Ciudad Real, actuando, además de la tradicional serenata, un cuadro formidable de bailes regionales. Esta antigua costumbre ha desaparecido ya, por desgracia, y el pueblo ciudarrealeño ya no canta a su virgencita la coplilla que dice:

En la pompa de un árbol
te presentaste,
y a todos los manchegos
los amparaste.

Así rezaba y cantaba antiguamente la muchachada ciudarrealeña en las serenatas nocturnas, allá por el año 1860, cuando las Rondallas recorrían las calles de la ciudad. Para dar una idea del amor y cariño que el pueblo de Ciudad Real profesaba a su queridísima virgencita del Prado, se cuenta que, por el año 1789, en cuya fecha era alcalde o corregidor mayor don Vicente Maldonado, el primogénito de los Marqueses de Castellanos, de rica casa solariega salmantina, valiéndose de un fútil pretexto, deslució las fiestas de agosto de aquel año, suspendiendo la típica fiesta de la *Pandorga,* cuyo festejo corría a su cargo. La que se armó no es para describirlo. El pueblo, en masa, vio con desagrado y pésima impresión esta determinación del corregidor y *"no una* —dice el cronista de aquel entonces Gómez Moreno—, *sino varias Rondallas callejeras salieron por la noche, entonando coplas alusivas a la alcaldada,* como esta que dice:

Este año no hay Pandorga,
Virgen del Prado,
por las cicaterías
de Maldonado".

EL ROMANCERO CERVANTINO O MANCHEGO

Siempre se ha dicho o se ha oído decir que España es el país del Romancero. ¿Pero es esto verdad?, se preguntaba el ilustre polígrafo don Ramón Menéndez Pidal. ¿Quién no recuerda a los primeros juglares, en la corte de León, por Sahagún, allá por los años de 1116 y siguientes, cuyo nombre se daba *"a los que hacían profesión de divertir a los hombres bien por medio de la música, literatura o charlatanería, bien con juegos de manos, mímica, acrobacia, etc., etc.?*

Estos juglares, heraldos de las noticias, son los que iban de pueblo en pueblo, de plaza en plaza, de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, cantando romances, nuevos y viejos, en las horas de solaz esparcimiento, siendo, a la vez, músicos, titiriteros, saltimbanquis, versadores, poetas, que llevaban las canciones, los cuentos, chistes, anécdotas, versos y demás por todo el mundo, al servicio, casi siempre, de un trovador o de una corte, acompañándose de vihuela, rabel y zanfona.

De estos juglares ya nos habla la reina Isabel la Católica, Cervantes, Gonzalo Fernández de Oviedo, el goliardo arcipreste de Hita, quien escribió cantares *"para juglares, juglaresas, pobres, ciegos y mendigos".*

También había, en aquel tiempo, juglaresas o juglaras, que representaban su arte en los palacios reales o episcopales, así como en las diversiones del pueblo, entre la gente rústica. Eran los tiempos en que la *soldadera* y el *soldadero,* verdaderos jornaleros del canto y del baile, cobraban el jornal (antiguamente llamado *soldada)* por sus actuaciones. Pero ante el cariz que tomaban las cosas, como resultado de las canciones tan lascivas de las juglaresas, el Concilio de Trento, del año 1324, tomó el acuerdo de condenar a las *soldaderas,* por la osadía que tenían al ofrecer dichas canciones en los palacios expresados anteriormente.

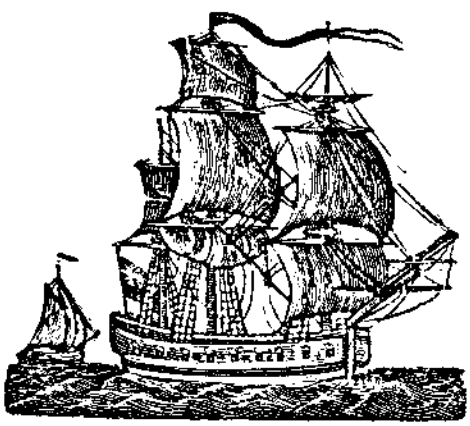
No es nuestro propósito, como puede suponer el lector, hacer un estudio, a fondo, del origen del Romancero. Sin embargo, merece la pena orientar al lector en aquellos romances,

que tuvieron su origen o se desarrollaron sus escenas en esta bendita tierra de *Don Quijote,* especialmente en el Campo de Montiel y Calatrava, como el famoso romance *Rocafrida* o *Rochafrida* (como suelen decir los más ancianos) que me recitó una viejecilla de 104 años, natural de Alcubillas, la antigua aldea de Montiel, y el popularísimo romance *Villa-Reale.*

En los pueblos pertenecientes a la *Ruta de Don Quijote* hay diversidad de romances, que se han hecho muy populares, como Gerineldo, la Loba Parda, la *Pelegrinita,* las Tres Cautivas, Don Bueso y, principalmente, el de *Rochafrida,* junto a las famosas lagunas de Ruidera, muy cerca de la histórica cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, de la que nos habla Cervantes, en la segunda parte de su inmortal obra, capítulo XXIII, situada en el término municipal de la Ossa de Montiel (Albacete), sobre el río Guadiana, *"a cuyo pie* —afirma Menéndez Pidal— *brota la llamada Fontefrida".* Ya lo dice claramente esta cuarteta:

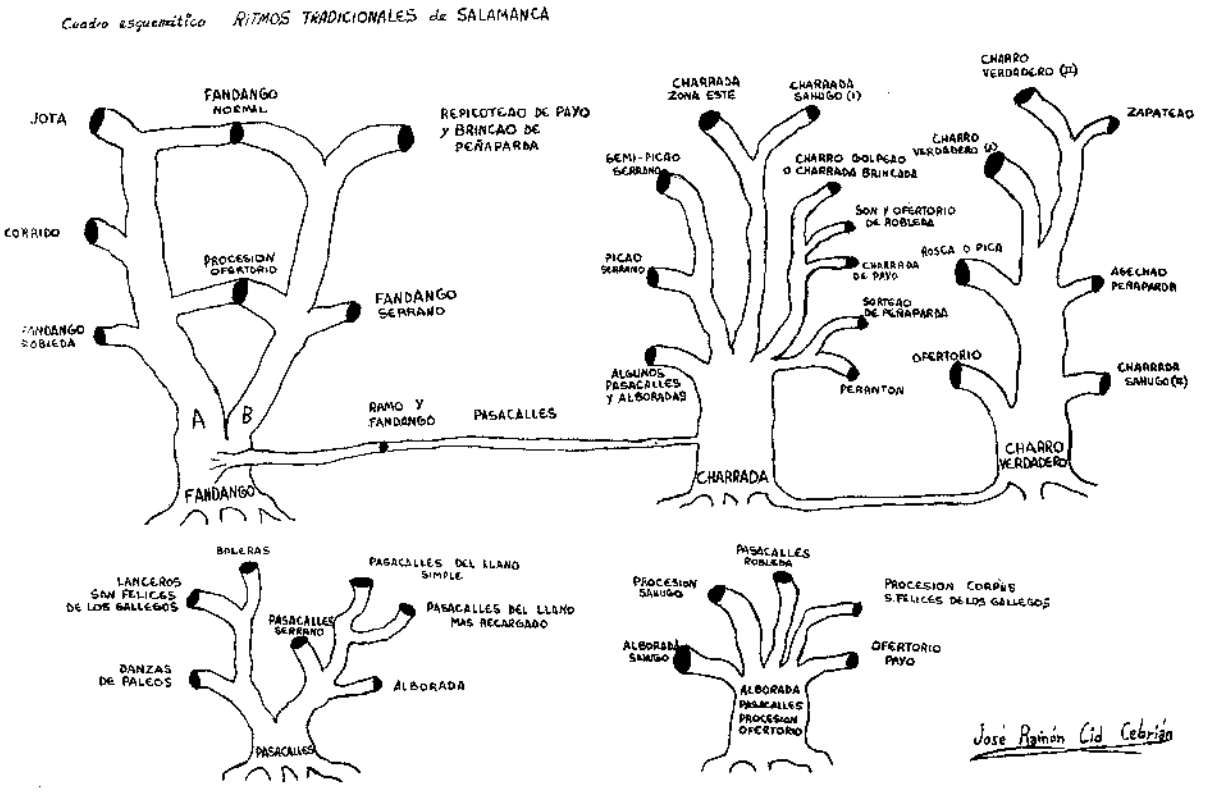
En la Mancha hay un castillo,
que se llama Rochafrida,
al castillo llama Rocha,
y a la fuente llaman Frida.

El pueblo manchego canta el romance cuando le viene en gana: en el campo, en las *Quinterías,* junto a los famosos *Bombos* (casas labriegas del campo), en tiempo de matanza, vendimia, siega, en las fiestas caseras, en los velatorios, en las romerías... ¡en cualquier época del año! No obstante, suelen cantarlo, preferentemente, en las temporadas de Navidad, hasta Cuaresma, al calor de la lumbre, acompañándose del tradicional rabel, zambombas y almireces. En la interpretación de muchos romances, es muy corriente finalizar el último verso con estas palabras: *si, sí; olé; adiós, salero* y otras expresiones.



RITMOS TRADICIONALES de la provincia de Salamanca

José Ramón Cid Cebrián



Según el cuadro esquemático, divido los ritmos tradicionales de la provincia de Salamanca en cinco troncos, basándome en la similitud de las ramas de cada tronco, e incluso por el nombre. Si se toca el tamboril o un instrumento de percusión con el ritmo de cualquier rama del esquema, y con la gaita, la dulzaina, o cantando, interpretamos una melodía de otra rama diferente pero dentro del mismo tronco, salvo pequeñas excepciones coincide.

Pongamos un ejemplo: en el tronco de la Charrada, si toco o canto un *perantón*, esta melodía me coincide con el ritmo de un instrumento de percusión, de un *picao serrano* o un *charro golpeao*, pero no coincide con cualquiera de las ramas de los otros troncos (pasacalles, fandango, etc.).

Obviamente es imposible explicar los ritmos en teoría, con palabras. Para poder explicarlos claramente tendría que ser con una gaita y un tamboril. Al igual que una imagen vale más que mil palabras, creo que con los sonidos pasa lo mismo.

No obstante intentaré comentar estos cinco troncos en los que he dividido los ritmos de la provincia de Salamanca.

PASACALLES.—Este ritmo coincide con los pasodobles. Se llama de esta forma porque es un ritmo de marcha, y los tamborileros o dulzaineros lo utilizan para tocar andando mientras van de un sitio a otro, por la calle. No se baila, excepto la Danza de Paleos, Lanceros de Sanfelices de los Gallegos y Boleras, que son iguales que el Pasacalles aunque no cumplen la misma función. Tanto los Lanceros como las Boleras se dan sólo en Sanfelices, aunque estas últimas se interpretaban también en Ciudad Rodrigo y en Sequeros.

• La Danza de los Paleos se interpreta en toda la provincia; incluso fuera de ella.

• El Pasacalles se extiende por toda la provincia y también fuera de ella. Los de la sierra y el llano tienen un aire diferente.

• La Alborada es un ritmo de pasacalles común en toda la provincia. Se toca por la mañana, al rayar el día, en fechas de grandes solemnidades.

FANDANGO.—Es siempre bailable, excepto en la Procesión y el Ofertorio. Común a toda la provincia.

Aunque todos son fandangos hay dos ramas principales que, a veces, se mezclan:

a) *Jota, Corrido* de toda la provincia, *Fandango* de Robleda.

b) *Repicoteao* de Payo, *Brincao* de Peñaparda y *Fandango Serrano* (Sierra de Francia).

Los de la rama b) están más recargados de golpes en la percusión.

Entremezclados entre las dos ramas: Fandango Normal y algunas Procesiones y Ofertorios.

• El *Ramo,* que se da en toda la Sierra de Francia y el Fandango - Pasacalles en toda la provincia, pueden pertenecer a las dos ramas. Cuando pertenecen a la a) puede darse un aire de Charrada.

CHARRADA.—Se dice que es un ritmo, junto con el Charro, característico y autóctono de Salamanca, concretamente de la zona llana, aunque se da en otras comarcas no pertenecientes a la zona llana, incluso fuera de la provincia (en pueblos de Cáceres se baila la Charrada propiamente dicha). Es bailable excepto el Pasacalles y la Alborada.

• *Pasacalles-Alborada:* Aunque el ritmo es de la familia de las charradas se utiliza para pasacalles y alborada. Se da en toda la provincia.

• *Picao Serrano:* Es una charrada que se interpreta en la Sierra de Francia y en sierras colindantes al Norte de Cáceres.

• *Semipicao Serrano* (lo denomino de esta forma aunque lo llaman Picao, y exactamente no lo es): Es una mezcla de Picao Serrano y de la Charrada del llano, y se da en la raya entre la Sierra de Francia y el llano.

• *Charrada-Zona Este:* Se interpreta en el Este de la provincia. Es muy recargada de golpes.

• *Charrada del Sahugo I:* Se da en este pueblo y en sus alrededores. El ritmo es muy simple y parecido al Son de Robleda.

• *Charro Golpeao* o *Charrada Brincada:* Se da en todo el llano de la zona Este. Se denomina de esta forma porque el tamboril parece que da brincos.

• *Son* y *Ofertorio de Robleda:* Ambos tienen un ritmo similar y es muy simple. El Ofertorio es de los pocos ritmos que se bailan.

• *Charrada de Payo* y *Sorteao de Peñaranda:* Tienen una gran similitud y son parecidos a la Charrada de la Zona Este y al Semipicao Serrano.

• *El Perantón:* Se da en la Zona Sureste de la provincia y Norte de Cáceres.

CHARRO VERDADERO.—El Charro Verdadero, propiamente dicho, tiene su incidencia en el Centro - Oeste y Noroeste de la provincia. También en algunos pueblos de Zamora.

Hay dos variedades: el *Charro Verdadero I* que se toca más al Sur y es más austero, y el *Charro Verdadero II,* ubicado más al Norte, con aire más alegre.

En algunas zonas charros y charradas están ligeramente ligados. De ahí que en el cuadro esquemático estén unidos con una rama.

• *Ofertorio:* Se toca para ofrecer en la iglesia o fuera de ella. Es la versión más simple del ritmo de charro verdadero. Viene a ser como el esqueleto o armazón de este tronco. Se interpreta en toda la provincia y es la única rama del Charro que no se baila.

• *Rosca* o *Pica:* Igual al Charro Verdadero, bien el I o el II. Solamente varía en el baile y se toca en toda la provincia, excepto en las sierras.

• *Zapateao:* Es un charro que se baila repicoteando y dando taconazos con los pies. Creo que ya está perdido. Se daba en la parte Suroeste de la provincia.

• *Charrada de Sahugo II:* Aunque la llamen Charrada pertenece a la familia del Charro.

ALBORADA-PASACALLES.—Es un ritmo de la zona Oeste que no se baila. Puede utilizarse generalmente de Alborada y de Pasacalles; también de Procesión y Ofertorio.

Estos son los cinco ritmos generales de la provincia de Salamanca. Quiero hacer destacar

que en la música popular tradicional y en todo lo popular tradicional, no existe un patrón fijo sobre las características de la música, concretamente en ritmo y en melodía. Simplemente se agrupan por unas características comunes que no son extremadamente rigurosas.

Así encontramos que si le pedimos a varios tamborileros o cantadores que nos toquen o nos canten todos una determinada canción no encontraremos dos que coincidan exactamente en ritmo y melodía, por lo que es muy frecuente que muchos intérpretes mezclen ritmos hasta dentro de la misma canción.

Igualmente se puede comprobar que algunos ritmos aparecen en más de un tronco (*pasacalles, alborada, procesión y ofertorio*).

Ejemplo: el Pasacalles y Alborada que está en el tronco de la Charrada, se llama Pasacalles y Alborada, y hace la función de éstos, pero no está en el tronco de Pasacalles o Alborada porque el ritmo es de la familia de la Charrada.

LA SANTA HERMANDAD DE LA VIRGEN DEL ROSARIO DE NOALEJO

Manuel Amezcua

De las manifestaciones populares religiosas más arraigadas y extendidas entre los pueblos de la Comarca de Sierra Mágina (Jaén) fueron, y aun son, las fiestas y procesiones de la Aurora que, pese a la proximidad de las localidades, en cada una se celebra con distinta advocación y con características bastante diferenciadas. Así en Campillo de Arenas los *Campanilleros* salen en agosto en la fiesta de su patrona, la Virgen de la Cabeza; en el mismo mes salen los de Carchelejo en honor de la Virgen del Rosario; en Cambil tiene lugar la *Tradición de la Tambora* en la madrugada del día de la Inmaculada; Albanchez de Ubeda celebra, dentro de las fiestas que dedica a su patrón San Francisco de Paula en el mes de mayo, la *Procesión de los Hachones;* en Mancha Real y en el mes de septiembre recorre las calles la tradicional *Monidura* cantando coplas a la Virgen, y en los demás pueblos se recuerdan las coplas de la Aurora que en otro tiempo se cantaron en las celebraciones de los Rosarios de la Aurora que organizaban las diferentes Cofradías y Hermandades de auroros.

Una de las desaparecidas fue la Hermandad de la Virgen del Rosario de Noalejo, que durante los cerca de cuatro siglos de pervivencia fue la patrocinadora de las más importantes fiestas religiosas de la localidad. Los vecinos más antiguos aún recuerdan las bellísimas *Coplas del Resucitao* que animaban la madrugada del Domingo de Resurrección hasta la hora del alba, en que se congregaba a las puertas de la iglesia la mayor parte del vecindario para asistir al Rosario de la Aurora.

ORIGENES Y FUNDACION

La mayoría de estas cofradías o hermandades tuvieron su origen en los siglos XVI y XVII como fruto de campañas de evangelización de la Orden de Santo Domingo, o de Predicadores, que promovieron su fundación por todo el suelo de Castilla y Andalucía para difundir la oración del Rosario, que instituyera su fundador tres siglos antes.

En Noalejo existían además de ésta las Cofradías del Santísimo Sacramento, la de Nuestra Señora de la Soledad y la de las Benditas Animas del Purgatorio, fundadas en el siglo XVII.

La Hermandad de la Virgen del Rosario se fundó 50 años después que la villa. Con fecha 1 de octubre de 1583 fray Francisco Venegas, prior del convento de Santa Catalina de Jaén, autorizó a fray Fernando Montaño, de la Orden de Santo Domingo, a fundar en la villa de Noalejo la Santa Cofradía del Rosario de Nuestra Señora, acto que efectuó al día siguiente después de predicar en la misa mayor y ante la mayor parte del pueblo, con lo que todos los que se incorporaron por hermanos fueron declarados partícipes de las indulgencias, gracias y jubileos que por las Santas Bulas Pontificias y Breves Apostólicos tenían concedidas este tipo de cofradías.

Tras la fundación pasó el referido fraile a nombrar los cargos de la cofradía, autorizando al prior de la iglesia, el bachiller Francisco García Bueno, para inscribir a los cofrades, bendecir los rosarios, enseñar los misterios y publicar las indulgencias del Rosario, con la obligación de dar cuenta cada año al convento de Santo Domingo más cercano de la relación de hermanos entrantes.

LOS ESTATUTOS

Los primeros estatutos de la cofradía fueron redactados al tiempo de su fundación y constan de 35 capítulos que, además de ocuparse de los asuntos propios del gobierno de la cofradía, constituyen un auténtico código moral de buen comportamiento y hermandad entre los cofrades. De su contenido podemos resumir como función principal la que tenían los hermanos de pedir limosna por las calles del pueblo los domingos y días de fiesta por la mañana, antes de la misa mayor, para costear los gastos de cera que tenían en los entierros de los hermanos fallecidos y en las fiestas que celebraba la cofradía.

Posteriormente estas constituciones fueron arregladas y añadidas en cinco ocasiones, coincidiendo siempre con un período de desintegra-

ción de la cofradía que en algunas ocasiones había originado su desaparición durante largas temporadas.

LA CUESTACION DE LIMOSNAS

El caudal de la hermandad provenía principalmente de la cuota que pagaban anualmente los hermanos y de las limosnas que recibían del vecindario, ya que aunque antiguamente llegó a poseer algunos bienes a censo por donaciones de los propios hermanos a su fallecimiento, es de suponer que los perdiera en tiempo de la desamortización de los bienes eclesiásticos.

La cuota que pagaban anualmente los hermanos se llamaba *La luminaria,* debido a que en su comienzo estos fondos eran destinados a gastos de cera para la iluminación permanente de la capilla de la iglesia donde se guardaba la imagen de la Virgen del Rosario, propiedad de la cofradía.

La hermandad estaba gobernada por una Junta compuesta de una docena de hermanos presididos por el Hermano Mayor, que tenían la obligación de salir por las calles a pedir limosna. Comenzaban a salir en el mes de septiembre por los cortijos del término, aceptando cualquier tipo de sufragios, bien fuera en dinero o en grano (cuartillas y medias fanegas de trigo, cebada, garbanzos, etc.) que luego vendían y con el producto de lo recaudado costeaban la fiesta de su Patrona el día 7 de octubre.

A partir de este día la cuestación la realizaban por las calles del pueblo. Para ello se juntaban todos los sábados por la noche en la iglesia y rezaban el rosario. Tenían dividido el pueblo en *Estaciones,* que se componían de varias calles y cada sábado recorrían una estación diferente. Después de rezar el rosario salían de la iglesia con el estandarte de la Virgen del Rosario alzado y un farol a cada lado, iban a la calle, donde comenzaba la estación cantando el Ave María y en este punto se adelantaba el *munior* para anunciar a los vecinos al toque de campanilla el paso de la hermandad. Si algún vecino quería ofrecer una limosna abría la puerta de la casa y salía con una luz de aceite (un candil, una capuchina, un velón, etc.). El *munior,* que llevaba en una mano la campanilla y en la otra un cepo, se acercaba y le preguntaba:

—*¿Salve o estación?*

La Salve era cantada y se podía elegir entre ésta y la *Salve doble.* La estación, que se pedía cuando la familia estaba de luto, consistía en rezar tres Padrenuestros con sus tres Avemarías; si se pedía *estación mayor* eran cinco Padrenuestros con sus Avemarías.

Elegido el rezo, el *munior* se esperaba a que llegasen los demás hermanos para comunicárselo, recibía la limosna correspondiente y se dirigía a otra puerta mientras los demás cantaban o rezaban a la puerta del anterior vecino. Al terminar el recorrido se juntaban en casa del Hermano Mayor para contar el dinero recaudado. De este dinero se libraría lo necesario para pagar el entierro y una misa a cada hermano que fallecía, así como un jarrillo de aceite para que alumbrara la noche que el difunto estaba de cuerpo presente.

Estas salidas tenían lugar durante todo el período otoñal e invernal y se suspendían al entrar la primavera, ya que al llegar el buen tiempo muchos hermanos se quedaban por las noches a dormir en sus labores.

LAS FIESTAS

Según los estatutos antiguos de la cofradía, ésta debía celebrar anualmente las siguientes fiestas: una fiesta procesional el primer domingo de cada mes, fiesta y vigilia por todos los Santos y en las cinco de la Virgen: Encarnación, Visitación, Purificación, Natividad y Asunción. En 1720 el Visitador y Juez de Rentas de la Abadía de Alcalá la Real, a donde pertenecía la jurisdicción eclesiástica de Noalejo, establece como fiesta de la cofradía el primer domingo del mes de octubre, fijándose posteriormente para el día 7 del mismo mes, día de Nuestra Señora del Rosario.

Esta fiesta consistía en la celebración de una misa por la mañana; por la noche sacaban a la Virgen en procesión por el pueblo y en ella los hermanos iban delante de la imagen alumbrándose con hachos de esparto.

Más adelante, en la Candelaria, *se sacaba la Virgen a Misa.* La procesión se hacía por la mañana alrededor de la iglesia, en la que sacaban a la Virgen con el Niño vestido de mantillas. Cuando después de la procesión todos entraban en la iglesia, el cura se quedaba fuera con la imagen del Niño, llamaba a la puerta, entraba y colocaba la imagen del Niño entre los brazos de la Virgen.

Pero la mayor manifestación festiva de la hermandad tenía lugar en la Semana Santa. En la noche del Sábado de Gloria el Hermano Mayor daba una fiesta en su casa en la que se hacía un baile para mozos y mozas. Esta misma noche se juntaban los hermanos para ensayar

las *coplas del Resucitao,* que salían a cantar por las calles del pueblo a las cuatro o las cinco de la madrugada y que servían de llamada a los demás hermanos y vecinos para asistir al Rosario de la Aurora:

A la Aurora
venimos buscando,
que dicen que anda
por este lugar.

En mentando
la voz de la Aurora
todito el infierno
se echa a temblar.

Hermanos venid,
hermanos llegad:
a rezar
el Rosario a la Aurora
si el Reino del Cielo
queréis alcanzar.

Todos los hermanos y con ellos los jóvenes, acompañados de guitarra, bandurria, pandereta y triángulo, se volcaban en las plazas y calles *en busca del Resucitao* cantando estas canciones marianas. Cuando ya clareaba el día se iban a la puerta de la casa del cura a cantarle para que se levantara y les abriera las puertas de la iglesia:

Oh dichoso
ministro de Cristo
que con vuestras manos
eleváis a Dios,
y le hacéis
bajar a la tierra
con cinco palabras
de consagración.

Poned atención:
que a los pies
de la divina Aurora
rindió la cabeza
el fuerte dragón.

Desde la iglesia y cuando eran aproximadamente las siete de la mañana salían todos en procesión hacia la ermita de la Virgen de Belén, extramuros de la villa, rezando y cantando el Rosario de la Aurora por las calles; al volver del Rosario se asistía a la misa primera del Domingo de Resurrección.

A las diez de la mañana se decía la Misa Mayor y en ella tenía lugar el *encuentro de la Virgen con el Niño,* acto religioso de los de más tradición y de los que gozaban de más gusto entre los vecinos de la localidad: sacaban a la Virgen en andas por la puerta de la iglesia y al Niño Jesús por el callejón de la sacristía, en la parte opuesta de la iglesia, y salían en procesión a la plaza, hacia la puerta del Ayuntamiento, y cuando se encontraban las dos imágenes, los que portaban las andas hacían un movimiento de inclinación de tal forma que parecía que ambas imágenes se abrazaban, momento de máximo entusiasmo popular en el que todos aplaudían. Después regresaban a la iglesia el Niño delante y la Virgen detrás.

LOS ALABARDEROS

En tiempo de Semana Santa el hermano mayor del Rosario elegía a varios jóvenes para que formaran la *Hermandad de Alabarderos.* Su misión era la de velar al Señor en la noche del Jueves Santo y para ello se turnaban de cuatro en cuatro durante la noche. Iban ataviados con sus mejores trajes y con sombreros negros adornados con cintas y ramos de color morado. Mientras estaban velando las alabardas las dirigían hacia abajo, pero cuando levantaban la imagen del Cristo yacente en señal de que había resucitado, cruzaban las alabardas en alto y se cambiaban los sombreros; esta vez se colocaban unos de color gris y adornados con ramos blancos y cintas rosas o azules; para ellos significaba el comienzo de una fiesta que duraría tres días.

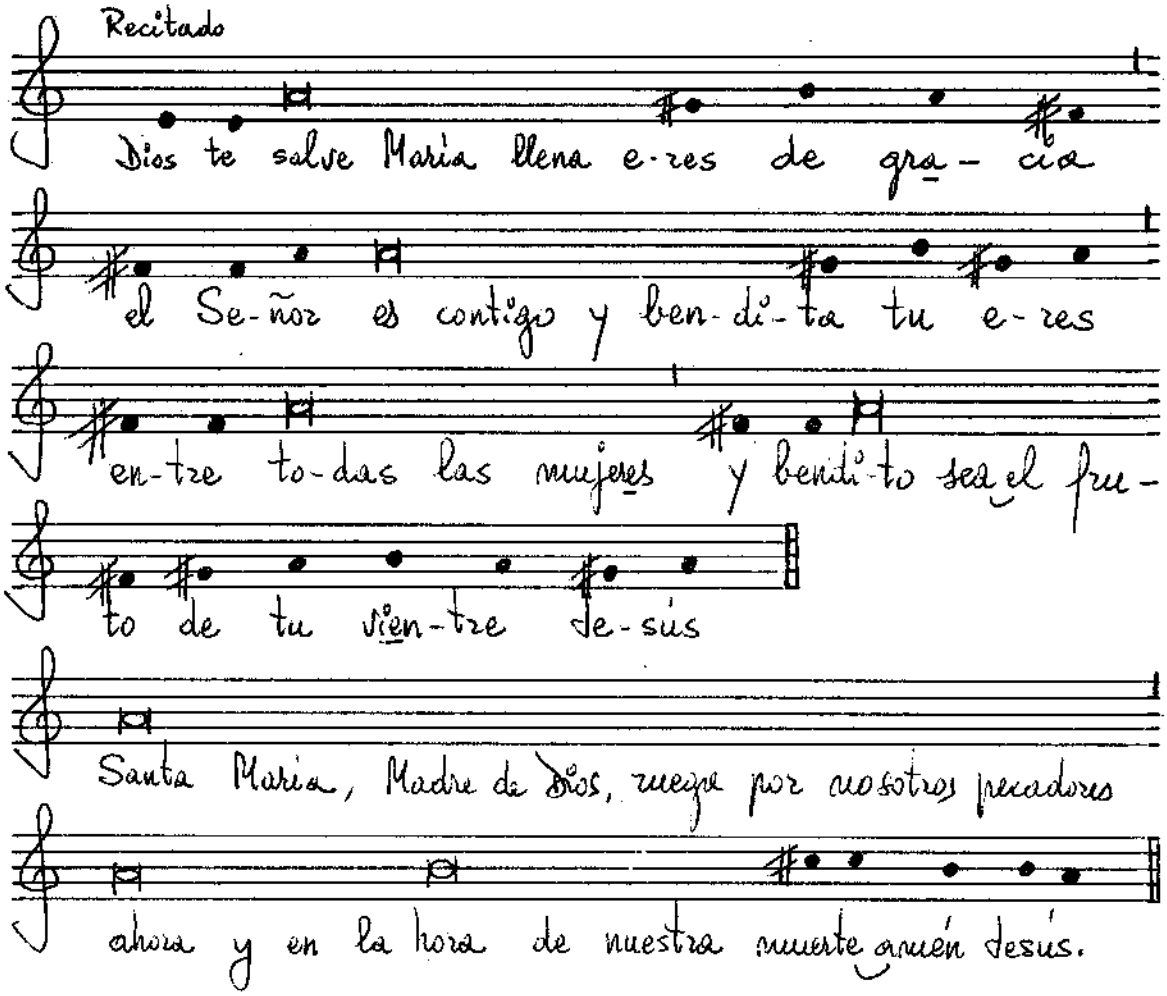
Comenzaban a salir después del acto de *buscar al Resucitao,* ya en Domingo de Resurrección. Iban recorriendo el pueblo con sus alabardas, un tambor y una bandera que bandeaban a las puertas de sus novias y mozuelas deseadas, con quienes bailaban en parejas al redoble del tambor. Finalmente el Hermano Mayor les convidaba en su casa a una fiesta que celebraban con la asistencia de amigos y parientes.

Tanto estas fiestas como la hermandad se paralizaron en el período que duró la Guerra Civil y, acabada ésta, hubo varios intentos de revivirla hasta mediados de los años cincuenta, en que dejó de manifestarse, hasta hoy.

LAS CANCIONES

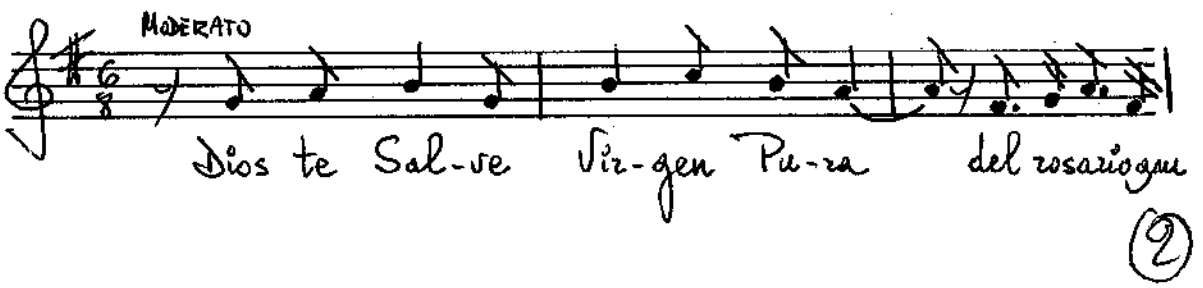
EL AVE MARIA

Se cantaba en las salidas de los sábados para pedir limosna, desde que se salía de la iglesia hasta que comenzaba la estación. Después, al terminar el recorrido, se cantaba otra vez mientras se volvía a la iglesia.

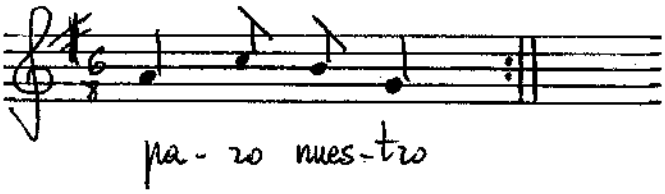


LAS SALVES

Tanto la Salve como la Salve doble se cantaban cuando así lo solicitaba el vecino que quería ofrecer una limosna. Ambas se cantaban con la misma música, variando sólo la letra, y para ello había un hermano, el que mejor entonaba, que hacía de solista. Este introducía la Salve cantando el primer verso, a lo que los dema respondían a coro cantando el segundo, el s lista continuaba con el siguiente verso y los d más le respondían con el otro, y así sucesiv mente hasta finalizar la canción, en que tod exclamaban a una voz *¡Viva la Virgen del R sario!*



(2)



Salve

Dios te Salve Virgen Pura
del Rosario, amparo nuestro,
hija del Eterno Padre,
madre del Divino Verbo,
amante y querida esposa
del Espíritu supremo.

Salve, animador sagrario,
poderoso y bello templo
de la Trinidad divina,
obra del poder inmenso,
concebida y sin la mancha
en el instante primero.

A ti Señora rendimos,
rendimos por este pueblo
que nos mires con piedad,
con amor venido y tierno.

Aliviadnos las fatigas,
danos Señora el consuelo
que de tu bien solicito,
y sólo por ti lo haremos
serviros en esta vida,
alabaos en el Cielo.

Amén Jesús con que acabo
la Salve de este lucero.

Salve doble

Dios te Salve Virgen Pura,
Reina del Cielo y la tierra,
madre de Misericordia,
de gracia, pureza inmensa,
vida y dulzura en quien vive
toda la esperanza nuestra,
a ti, Reina, suspiramos
gimiendo y llorando pena
en aqueste triste valle
de lágrimas y miseria.

Oh clementísima Aurora,
oh piadosísima Reina,
oh dulce Virgen María,
por nosotros a Dios ruega
para que seamos dignos
de alcanzar la Gloria Eterna.

Viva la Virgen María,
viva la blanca azucena,
viva la que vino a ser
de los Cielos madre nuestra.

Amén Jesús con que acabo
la Salve de aquesta Reina.

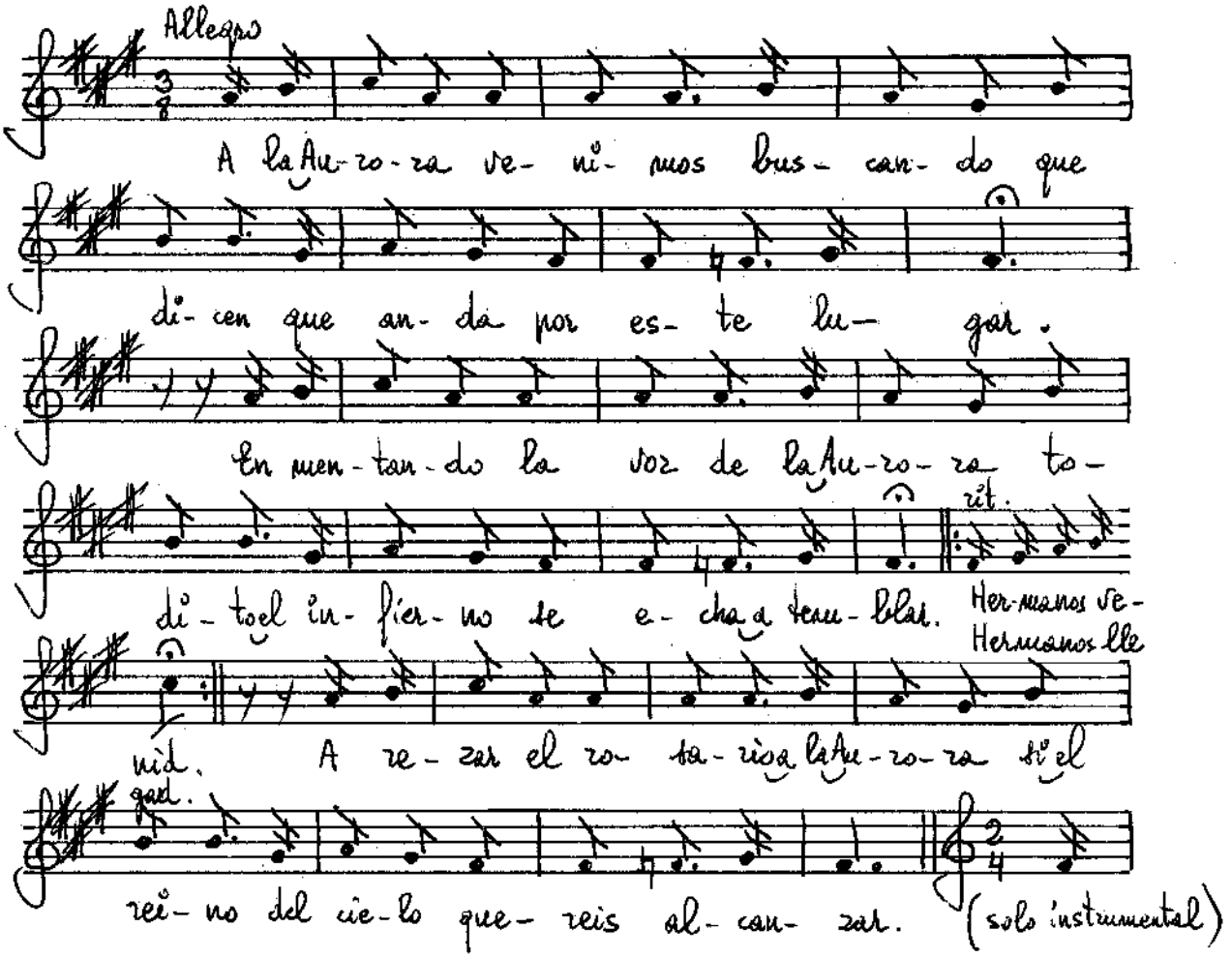
LAS COPLAS DEL RESUCITAO

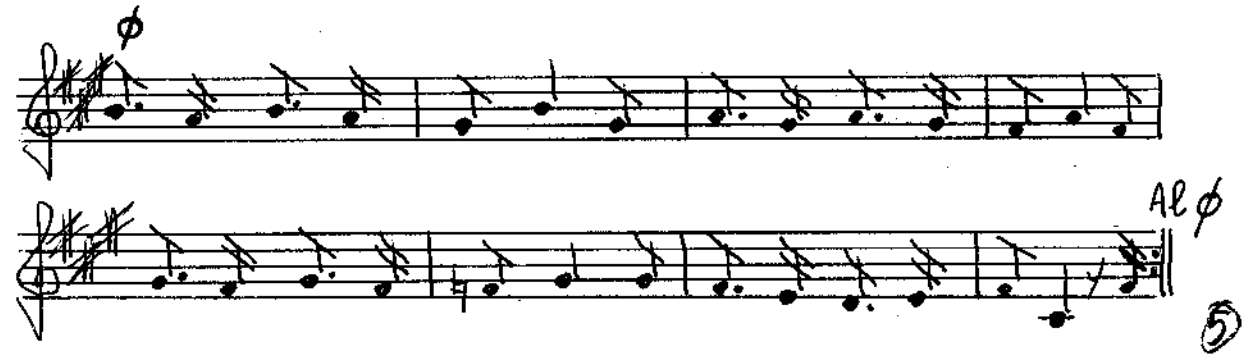
Estas coplas, que originariamente servían como llamamiento al pueblo para su asistencia al Rosario de la Aurora, en este caso y suponemos que en la última época perdieron su verdadero sentido y la gente las utilizó como complemento a una tradición semanasantera que si bien de poca raigambre, había conseguido, por estar más en el gusto de momento, desplazar el significado originario de la celebración. Si preguntamos a los vecinos que conocieron esta tradición lo que significaban las *coplas del Resucitao*, nos explicarán con simpleza que *como Cristo había resucitado por la mañana no sabíamos dónde estaba: pues vamos por la noche a buscarlo*, por ello enlazan este acto con el del Domingo de Resurrección, en el que sacaban en procesión a la imagen de la Virgen para que se encontrara con su Hijo, que ya hemos descrito anteriormente.

De cualquier forma muchas de las coplas de llamamiento para el Rosario pervivieron y se cantaron junto a otras de temática propia del ambiente de Semana Santa, entre las que tampoco faltaban las de asunto un tanto burlesco, como el estribillo que utilizaban los más juerguistas en los solos instrumentales que se producían entre las canciones:

Lerén, lerén, lechuga;
lerén, lerén, cogollo,
la hija la trapera
se ha ido con el novio.

Se ha ido con el novio
con muchísima razón:
pensando que tenía,
no tenía ni camisón.





Hoy la Aurora
luce más temprano
y más temprano
brilla el arrebol.

Hoy la Aurora
tiene esta mañana
Cielo por alfombra,
por corona sol.

Poned atención:
que por chica
que sea la Hostia
tiene cuerpo y sangre
de Nuestro Señor.

Un devoto
por ir al Rosario
por una ventana
se quiso arrojar.
Y al decir
Dios te Salve María
se encontró en el suelo
sin hacerse ná.

Coro celestial:
soy un alma
que aunque pecadora
quiero que mis culpas
sean perdonás.

Un hermano
le dice a otro hermano:
—Vamos al Rosario.
—Yo no quiero ir.
—A los naipes
te sientes y juegues
y el mismo demonio
te vendrá a asistir.

Hermanos venid:
a rezar
el Rosario a la Aurora
si el Reino del Cielo
quieres conseguir.

Es María
la nave del barco,
San José los remos,
el Niño el timón.
El Espíritu
Santo el piloto
que guía y gobierna
esta embarcación.

Poned atención:
embarquemos
pues en esta nave
que nos saque al puerto
de la salvación.

A la Aurora
le han hecho una fuente
que tiene dos caños
de fino metal.
Y el sediento
que llegue a esa fuente
su misericordia
no le ha de faltar.

Coro celestial:
que por chica...

Es María
la fuente de nácar,
escala y convento
de la Encarnación.
Donde está
el estandarte metido
que Cristo en sus hombros
el viernes elevó.

Poned atención:
que por chica...

El demonio
como es tan travieso
agarró una piedra
y ha roto un farol,
y acudieron
los padres Franciscanos
y lo apedrearon
en un callejón.

Hermanos venid:
a rezar...

En el Cielo
se alquilan ventanas
para un casamiento
que se piensa hacer,
que se casa
la Virgen María
con el patriarca
señor San José.

Hermanos venid:
a rezar...

Es María
la caña de trigo,
San José la espiga
y el Niño la flor,
y el Espíritu
Santo es el grano
que está allí metido
por obra de Dios.

Poned atención:
que por chica...

En la cueva
de la penitencia
Santa Rosalía
su pelo cortó.
Y el demonio
le daba combates
y ella se defiende
con llamar a Dios.

Poned atención:
soy un alma...

A las cuatro
de la madrugada
al Señor San Pedro
se le oyó decir:
a este hombre
yo no le conozco
ni fue mi maestro
ni nunca le vi.

Hermanos venid:
a rezar...

Oh dichoso
varón por tu suerte,
tuviste la dicha
de ser capellán,
y tan sólo
con cinco palabras
del Cielo a la tierra
le hiciste bajar.

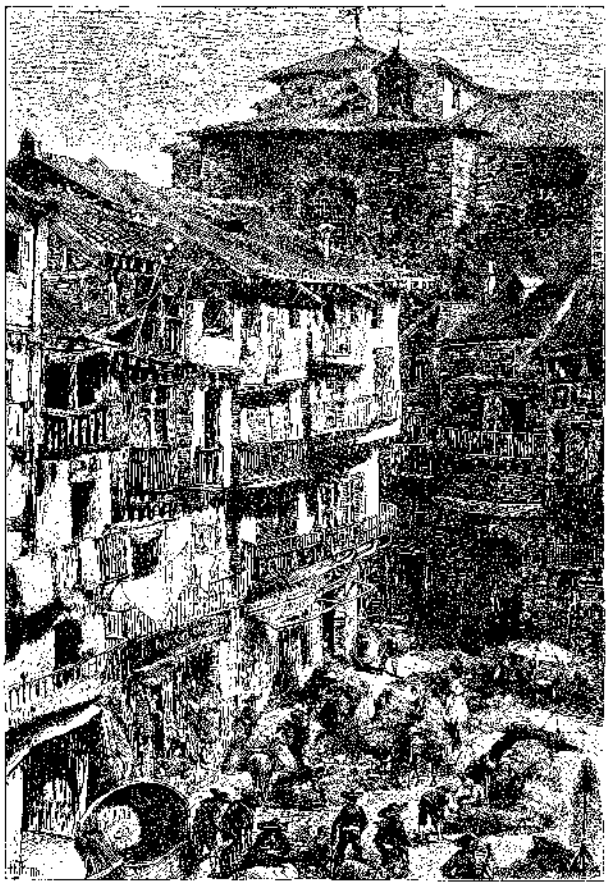
Poned atención:
soy un alma...

FIESTAS DEL "MAYO" EN SEGOVIA CAPITAL

Luis Domingo Delgado

A todos aquellos que han vivido alguna vez en el barrio del Cristo del Mercado, porque de seguro no habrán olvidado llevar por la vida las alforjas bien provistas de ese espíritu naturalista y ecológico que por arrobas les legaron sus antepasados.

Segovia, 1 de mayo de 1983.



En un libro de largo título, «*Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*», entre los dichos, decires y sentencias recopilados por el maestro don Gonzalo Correas con ayuda de la rica tradición oral de su tiempo, se encuentra un refrán, muy extendido y popularizado por los asentamientos agrícolas, que hace referencia al carácter festivo del mes de mayo: «Mayo mangorrero —mangonero, corrige don Francisco Rodríguez Marín en su refranero «*Más de 21.000 refranes castellanos*»— pon la rueca tras el humero», aconsejando a las hilanderas campesinas dejasen su labor y se aprestasen a arrinconar detrás de la campana del hogar, junto al fuelle y la badila de atizar el fuego, el huso y la rueca para ,a continuación, cambiar la tosca saya de bayeta y el mandilón de «a diario» por el manteo de paño fino y el mandil de los días de gala, y así, ataviadas y compuestas, acompañasen a la manga y al pendón durante el recorrido callejero de las frecuentes procesiones que en estas fechas se realizaban.

Las fiestas primaverales de primeros de mayo han sido a lo largo de la historia una constante que, a fuerza de repetirse cada año, llegaba a tener en la vida de los pueblos agricultores una profunda y arraigada simbología, que de alguna manera iba dirigida a procurarse los favores de los dioses, espíritus y fuerzas sobrenaturales presentes y animados en la esplendorosa floración de la Naturaleza, a fin de que procesos tan vitales para su supervivencia como eran la granazón de las cosechas, la reproducción de los ganados y el cortejo y devaneo preamatorio entre los propios miembros de la comunidad, se llevasen a efecto con el mejor provecho.

En Segovia, como sucedió en la mayor parte de Europa, las prácticas típicas de exaltación del reino vegetal quedaban centradas en el levantamiento, dentro de la población, de un árbol llamado «mayo» debidamente descortezado y desprovisto de sus ramas inferiores, al que se le adornaba lo mejor posible. En lo que a las tradiciones relativas al amor y a la fertilidad se refieren debemos apuntar la elección de la «maya» entre las mozas más agraciadas del lugar —quiero ver en estos ancestrales nombramientos un claro precedente, aún sin adulterar, de las modernas nominaciones de «misses», «majas» y «reinas de las fiestas»— y la colocación y puesta del «ramo» en los barrotes de los balcones de las jóvenes aldeanas al tiempo que se desgranaban hermosas canciones de ronda:

«A cantar el mayo,
señora, venimos
y para cantarlo
licencia pedimos.

Usté que nos oye
no nos dice nada,
señal que tenemos
la licencia dada...»

ROMERIA DE LA CRUZ DE MAYO BARRIO DEL CRISTO DEL MERCADO

La cristianización de los medios rurales no cambió en esencia el contenido de estas celebraciones y manifestaciones populares, sino que más bien encaminó el ceremonial hacia un santoral (martirologio) rico en mitificaciones y milagros, que, ante la complacencia de las gentes, fue poco a poco haciéndose receptor de las pristinas tradiciones paganas y de los arraigados ritos animistas.

Con la llegada de mayo —«Santa Cruz (día 3), saca las fiestas a la luz»— el barrio de labradores de Segovia capital celebraba una de las fiestas más pintorescas y populares de la ciudad. Desgraciadamente con la pérdida del espíritu agrario por parte de sus moradores se marcharon los festejos y con ellos una costumbre secular impregnada de sabores agrestes y naturales.

Platicar con los viejetes que se sientan a tomar los últimos rayos del sol sobre la escalinata de la hoy dormida ermita del Cristo que fundara San Vicente Ferrer, allá en los comienzos del siglo XV, es compartir por un rato su juventud renovada, es ver cómo sus ojillos apagados renacen y se llenan de luz, es comprobar que la cultura viva gusta de anidar en las cosas sencillas, es..., en fin, recorrer emocionado un camino sembrado de nostalgias.

A escasos pasos de la «Puerta de Madrid» —denominada así por dar salida al camino que conducía a la villa de los «gatos» y en homenaje a los capitanes segovianos Díaz Sanz y Fernán García por la gesta realizada en la toma de Madrid— se alza una cruz de piedra y se asienta una pequeña iglesia presidiendo la vida del barrio, que, según nos refiere don Julián María Otero en su libro «*Itinerario sentimental de Segovia*», aún transcurría plácida y tranquila entre olores mezclados de retama quemada y de pan recién hecho, entre el tintineo de las esquilas y la imagen labradora del uncir y desuncir las yuntas ante las puertas carreteras de las portadas por el no demasiado lejano 1915.

«Antiguamente —me dicen— en este sitio celebrábamos la romería de la Cruz de Mayo. Era una hermosa fiesta, la mejor de toda Segovia. El pueblo, sabe usted, elegía las vísperas un alcalde de fiestas entre los mozos. Aunque el cargo requería sacrificios era muy goloso, y recaía en el que ofrecía más y mejores festejos a sus convecinos. Durante los días que duraban las celebraciones el alcalde era la máxima autoridad y ataba y desataba según lo creyera oportuno. Para ello el gobernador le había hecho entrega de un simbólico bastón de mando.»

DIA 2: «EL LEVANTAMIENTO DEL MAYO»

La memoria colectiva de los ancianos del Cristo del Mercado pone ante mí, como quien se ve reflejado en el espejo de los hechos, la película de unos tiempos que no volverán, pero cuyo recuerdo es capaz de quitar diez años de encima a sus protagonistas.

Los mozos andan ocupados en la tarea de descargar de una sólida y concienzuda carreta de bueyes a un señor «mayo» de más de 70 pies de altura —unas veces será un pino de Valsaín, otras un chopo blanco de las alamedas cedido por el Ayuntamiento— al que aún empalmarán, con ayuda de varias anillas que el tío Alejandro, el herrero, forjó de mañana en su fragua, una cruceta que haga las veces de cucaña y de la que colgarán los premios: jamón, chorizos, pollos... Mientras unos pocos hacen de gabarreros ocasionales, pelando y descortezando el árbol con hachas de doble boca, otros se encargan de darle una buena mano de sebo que dificultará la posterior ascensión a los más emprendedores y atrevidos, y unos terceros cavan a golpes de pico una profunda hoya de dos metros que servirá de cama y sostén al pie circular —un hombre no es capaz de abarcar su contorno— del gigantesco «mayo», el resto acude en busca del vino y del escabeche para regresar más tarde acompañados de la dulzaina y el tamboril entre el alborozo de la chiquillería. El tío Mariano Romualdo y el tío Silverio, padre, tocan que da gloria oírles. No será fácil olvidar las reboladas del primero ni la estampa que ofrece el segundo repiqueteando la caja con su boina vieja, calada hasta los ojos, y ligeramente caída en forma de pico.

Uno de los logros verdaderamente positivos de las sociedades campesinas consistía en alcanzar la participación desinteresada de todo el pueblo en beneficio de la comunidad. El trabajo era un motivo más de unión y de convivencia vecinal entre sus miembros. Y es preci-

samente por esto por lo que las tradiciones, festejos y celebraciones no se podían entender sin la participación activa (protagonismo) de todos y cada uno de los individuos que integraban la colectividad:

«¡Vítores a mayo
que te empinaron;
pero fue con la ayuda
de los casados!»

La alzada del «mayo» en el arrabal del Cristo del Mercado entra en la línea comunera apuntada anteriormente, y una vez más se demuestra que este pueblo abanderado de la coyuntura, no escatima su participación a la hora de arrimar el hombro para la consecución del bien común.

Allí en la plaza están presentes mozos y casados, labradores y otros gremios artesanos dispuestos a colaborar. El vino corre bullanguero de boca en boca y las notas de la dulzaina se enredan en las bocastejas de las casas antes de perderse camino del Guadarrama. Todos, absolutamente todos, están dispuestos a concertar cometidos y a unificar esfuerzos. El tío Alejandro procede a anillar los empalmes. Algunos hombres han acercado las tijeras (aspas de madera de pino clavadas en forma de × que presentan distintos tamaños y cuyos brazos superiores son más cortos que los inferiores. Su ayuda será imprescindible al tiempo de sujetar y aupar el tronco del «mayo»), así como dos maromas resistentes que equilibrarán y subirán el palo. El señor Vicente Casas, el carpintero, está dando algunas instrucciones técnicas propias de su oficio al tiempo que realiza los últimos ajustes y acoplamientos. Alguien se encarama sobre la tapia de piedra del atrio en espera de que la picota desmochada pase a su altura para atar y sujetar los premios. No faltan tampoco en esta tarde alegre y festiva los representantes de familias tan arraigadas en el barrio del Mercado como son «Los Encinas», «Los Mateos», «Los Barrio», «Los Pascual»..., ni mucho menos el decano y sonoro «¡Aaaaaaaaa una!» del tío Apolinar, que como un director de banda municipal, marca el ritmo de los movimientos a seguir y acompasa y aúna los esfuerzos de los demás. El rito toca a su fin y los oficiantes sienten en su interior la satisfacción indefinible de quien termina con bien un trabajo delicado, prolijo y gratificador, de quien se siente realizado y útil dentro de su entorno, de quien vive y obra de acuerdo con las raíces culturales que le legaron sus padres.

El baile de por la noche, al que acuden jóvenes de otros barrios, se celebra alrededor del «mayo». Y los intentos, generalmente baldíos, de gatearlo hasta la cruceta por parte de los mozalbetes cierran una jornada en verdad agradable para todos los vecinos, y en general para todos aquellos, campesinos o no, que con su aportación la hicieron posible:

«Por alto que sea el mayo,
a su copa subiré;
si me caigo, que me caiga,
del suelo no pasaré.»

DIA 3: «TENDERETES, REBOLADAS Y CONCURSOS»

Son las ocho de la mañana. Los típicos tenderetes comienzan a cubrir la distancia que separa el «Fielato» de la «Plazuela del Hospital». En ellos los romeros y visitantes tendrán ocasión de comprar el consabido botijo, así como las clásicas e inevitables avellanas, que durante todo el día llamarán la atención de chicos y grandes a lo largo y ancho de la calle del Mercado:

«A las avellanas,
mozuelas galanas;
a las avellanicas,
a las avellanas.»

El alcalde de fiestas, precedido de la música, ha salido temprano con su séquito de mozos a dar la rebolada por el barrio. En las casas se les recibe bien. Las mozas, sobre todo, procuran hacerles agradable la estancia. Para ello ofrecen a los recién llegados una bandeja de bollos caseros y una buena bota o porrón de vino:

«No venimos a comer,
ni tampoco por cantar;
venimos por no quitar
las costumbres del lugar.»

Al final la dueña echa una propina dentro de un botijo roto que los mozos se han traído para este fin.

—¡Que lo veamos a otro año con salud!

—Eso es lo que hace falta. ¡Andad con Dios!

«La gente —se lamenta el viejete que me sirve de guía en mi paseo por sus años mozos— echaba lo que podía a la botija con arreglo a sus posibles y no desconfiaba de nadie ni cerraba la puerta a ninguno como sucede ahora. Entonces corrían otros tiempos, había otra hermandad, otro talante y otra cosa. Teníamos más necesidad, ¡quién lo discute!, pero también más alegría, qué duda cabe.»

Detrás de los mozos, cerrando la comitiva, brincan y respingan los chiquillos más contentos que unas Pascuas con sus zambombas infladas a dos carrillos entre gran algarabía y holgueta:

«Yo tengo una zambomba
y un zambombarro,
y una vaca parida
con un changarro.
Yo tengo una zambomba
y un zambombín,
y una gata rabona
y un becerrín.»

Los escaparates de los mejores comercios de la ciudad *(Tejidos «La Aragonesa», «Calzados Matías», «Comercio Germán Elías»* etc.) llevan unos días pregonando a los cuatro vientos el primor y la delicadeza con que las muchachas del Cristo bordan su nombre sobre las cintas de colores que se corren esta tarde en las eras —explanada ligeramente recortada por la posterior ubicación de la Casa Cuartel de la Guardia Civil— y que darán opción al afortunado ensartador para bailar con su dueña en el baile de por la noche:

«El que la anilla ha ensartado
de la cinta azul turquesa
merecía estar casado
con una bella princesa.»

«Los Chiberes» han enjaezado su yunta de bueyes y engalanado su carreta como ninguno, y a buen seguro que no habrá quien les quite el primer premio en el tradicional concurso de carretas. ¡Poco orgullosos y anchos que deben sentirse sus dueños de ver a su ganado tan gordo y lustroso!:

«Con zumbas de plata,
bueyes rumbones.
¡Estas sí que son prendas
de labradores!»

El sol se desliza suavemente hacia poniente cuando los mozos se disponen a colocar la guinda sobre el pastel variado de celebraciones que han ocupado toda la tarde del día 3. A horcajadas sobre las cabalgaduras esperan que el alcalde o «rey de mozos» dé la señal para poder proceder a la «corrida de gallos»:

«Con la licencia de Dios
y la del señor alcalde,
hemos de correr los gallos
y sin meternos con nadie.
Gallito que estás colgado
tienes por plumas ribetes
y has de venir a morir
a manos de estos jinetes.»

Las pasadas se suceden con celeridad por debajo de las aves. La soga que sujeta a los gallos por las patas, pico abajo, se mueve constantemente a causa de los continuos vaivenes que percibe por parte de los encargados de estorbar la labor a los de a caballo, y antes o después, como un rito sacrobelígero, la sangre de los animales descabezados termina por regar a los aguerridos sacrificantes.

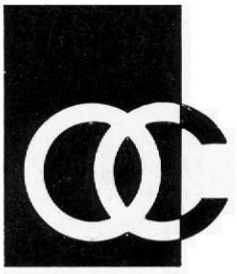
Son las doce de la noche. Las parejas bailan despreocupadas en la verbena, antes de despedir a la fiesta con la chocolatada final.

El personal, cansado de tanto ajetreo, se ha recogido en sus casas para descansar. Las voces se atenúan hasta desaparecer. El arrabal duerme. Sin embargo en el silencio de la noche campesina aún parecen escucharse los ecos lejanos de la cruenta costumbre celta que tan apropiada tierra encontró para germinar entre los pobladores de la cuenca del río Duero.

—Gracias, abuelo. ¡Que al año que viene pueda usted contármelo otra vez!

—Eso es lo que hace falta. ¡Ve con Dios, hijo!

Si desde el punto de vista antropológico el talante que presenta un pueblo ante la vida, la muerte y la divinidad es una forma de cultura, si las manifestaciones públicas del dolor, de los temores, de la alegría y del agradecimiento que una comunidad realiza son signos de cultura, si la universidad de la tierra proporciona a los que la cultivan múltiples y variados conocimientos sobre filosofía práctica, botánica, medicina naturalista, alimentación vegetariana, ciclos meteorológicos, construcción de aperos y herramientas, etc., los viejetes que toman el sol de la atardecida sobre las escalinatas de cualquier iglesia representan sin lugar a dudas un foco cultural que tira por tierra y hace añicos ese otro concepto etnocéntrico de la cultura que la reduce al ámbito elitista de los artistas e intelectuales.



Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular
VALLADOLID